

Capítulo 28 – El des-hacimiento del miedo.

Introducción: Causa y efecto.

En el Capítulo 28 vemos la culminación del tema central del Curso de causa

y efecto. En términos musicales, podríamos decir que esta es la resolución

del tema, así como su exposición más completa. Al discutir causa y efecto,

en realidad estamos hablando de dos principios: uno explícito, el otro implícito.

El primer principio es que la causa y el efecto están inextricablemente entrelazados, lo que significa que no se puede tener uno sin el otro. Si hay

una causa, debe haber un efecto; si hay un efecto, debe haber una causa. Un

corolario de esto es el principio que hemos visto a lo largo de nuestra sinfonía: las ideas no abandonan su fuente. Sustituyendo causa por fuente y

efecto por idea, podemos decir que los efectos no abandonan su causa. En

verdad, la causa y el efecto no solo son mutuamente dependientes y están

conectados, son uno. Nosotros los colocamos en categorías distintas sólo

porque de otro modo no podríamos entender la dinámica causal. Su apariencia de estar separados uno de otro es el problema del mundo.

El segundo principio, esencial para el sistema de pensamiento teórico de Un

Curso de Milagros, por no mencionar su propósito de ayudarnos a despertar

del sueño, es que, si se demuestra que algo no es una causa, no existe. Tanto

en el mundo del Cielo como en el de la ilusión, nada puede existir si no es

una causa de otra cosa. Si deseamos demostrar que algo no existe, solo

necesitamos demostrar que no tiene efectos. Esto funciona para los propósitos del Espíritu Santo y del ego. Antes de comenzar el capítulo propiamente dicho, examinaremos estos dos principios con mayor

profundidad.

En el mundo de la realidad no-dualista, Dios es la Primera Causa, aunque se nos ha dicho antes que no hay segundo ni tercero (T-14.IV.1:7-8). Él es el

“Todo de todo” (T-7.IV.7:4) y no hay nada más. Su Hijo es Su Efecto, y dado que causa y efecto son uno, y las Ideas (Efectos) no abandonan su

Fuente (Causa), Padre e Hijo están unidos para siempre en una Unicidad

unida cual Una sola (T-25.I.7:1). Hemos visto y lo veremos de nuevo en este capítulo, que el principio de Expiación refleja esta unicidad al afirmar

que la separación de Dios nunca sucedió porque nunca podría suceder. De

nuevo, el Efecto (el Hijo) no abandonó su Causa (el Padre).

El ego invierte este principio: las ideas sí abandonan su fuente, el Hijo sí

abandonó a su Padre. Los efectos se vuelven independientes de su causa,

estableciéndose como su propio creador (o causa). En esta visión deformada

de la realidad, el Hijo (ego) se convierte en su propio creador. Como nos ha

dicho Jesús, el ego cree que es auto-creado (T-3.VII.4), y de esa manera

enseña que Dios no existe. Como ha sido privado de Sus Efectos, los cuales

niegan que Él sea la Primera Causa, Dios no puede ser una Causa y, por lo

tanto, no existe. Este es el argumento del ego para demostrar que solo él

existe como su propia causa, con el Hijo (cuerpo) siendo su efecto.

Jesús

explica que, dentro del sistema del ego, la creencia de la mente en la separación es nuestra verdadera causa. En el gráfico (ver Apéndice) vemos la

palabra causa asociada con la mente separada, y el mundo agonizante de los

cuerpos con el efecto. Para decirlo de otra manera, nuestro sueño secreto es la creencia causal de la mente en el pecado, por el cual inevitablemente seremos castigados, mientras que el sueño del mundo (el efecto) es el sufrimiento de nuestros cuerpos mortales (T-27.VII.11-12). Para probar que la causa (separación) es real y que él mismo es real, el ego demuestra que los efectos son reales: si hay un efecto, debe haber una causa. Para repetir, dentro del sistema del ego, el efecto físico es el mundo, y para eso se fabricó el cuerpo. Hemos visto cuántos pasajes en el texto reflejan la estrategia fundamental del ego de que el cuerpo demuestra específicamente la realidad del mundo. Si es real, siendo un efecto, la causa subyacente en la mente (el ego) también debe ser real. Además, si la separación es real, eso significa que Dios no puede existir, porque la verdadera relación Causa-Efecto es la Unidad indisoluble de Padre e Hijo: una unidad que nunca puede ser dividida o fragmentada, ni podría Uno estar siempre oponiéndose al Otro. Por tanto, si la relación divina Causa-Efecto es verdadera, el ego no puede serlo. Si, por otro lado, la relación causaefecto del ego es un hecho, entonces el Cielo debe ser una ilusión. Hábilmente, el ego ha "probado" su realidad causal con el mundo de los cuerpos: el sistema de pensamiento de mentalidad-errada es la causa eficaz y el mundo su efecto omnipresente. Un tema relacionado, que se encuentra en la segunda sección del Capítulo 28, es que una vez que el ego establece una relación, la invierte. Hemos visto que la causa del mundo es el yo separado de la mente, pero una vez que el mundo ha sido fabricado, un velo de olvido o negación cae sobre la

mente, como se indica en nuestro gráfico, impidiéndonos recordar la verdadera causa de la "vida" del cuerpo. A medida que esta amnesia se instala, somos conscientes sólo del efecto, y parece como si el mundo nos hubiera causado a nosotros, a nuestro yo especial. Parece irrefutable que este yo, que en verdad es la causa del mundo, es el efecto, con el mundo siendo su causa. Esta estratagema da nombre a la sección: "La inversión de efecto y causa".

Recuerda nuestra discusión en el movimiento anterior de nuestra sinfonía: felizmente elegimos sufrir e incluso poner fin a nuestra vida, para que podamos señalar con un dedo acusador, diciendo: "Mírame hermano, por tu culpa muero. Mira mi cuerpo traicionado, abandonado y abusado, y verás el efecto de tu pecado" (ver T-27.I.4:6). Al elegir hacer que nuestros cuerpos sean vulnerables a enfermedades y ataques, podemos ser percibidos por nosotros mismos, por los demás y por Dios como víctimas inocentes de lo que el mundo nos ha hecho. De esta manera declaramos que nuestro dolor físico y psicológico es el efecto de los ataques del mundo. El sufrimiento, que es el cuadro de la enfermedad y la tortura de la crucifixión, condena a todas las personas al infierno porque se demuestra que es el resultado de su pecado, y los efectos prueban que la causa es real. El núcleo de este cruel juego de especialismo es que nos condenamos unos a otros por los pecados que no queremos aceptar como propios. En lugar de esta locura, Jesús nos enseña a decir: "Contéplame hermano,

gracias a ti vivo" (véase T-27.I.10:7). Los pecados percibidos en otra persona no han tenido ningún efecto en la paz de Dios dentro de nosotros, la cual estaba presente antes del aparente ataque, durante el mismo y también después. ¿Cómo podemos buscar con ira, una venganza por lo que no ha ocurrido? Al no tener efecto, el pecado no puede ser una causa y – una vez más – no existe. Este argumento es uno de los temas principales de este capítulo.

Si bien el énfasis de Un Curso de Milagros siempre está en perdonar a nuestros socios de amor y odio especial, también encontramos aquí una discusión sobre la metafísica subyacente del perdón. Si el Espíritu Santo es el "El recuerdo del presente" (T-28.I) del Amor de Dios que llevamos con nosotros al sueño, no podemos estar separados de nuestra Fuente. Esto significa que la separación no ha ocurrido (el principio de Expiación), la causa del ego es una ilusión y, al no tener causa, el efecto que es el universo físico debe ser también una ilusión.

Para resumir nuestra discusión, Un Curso de Milagros cambia nuestra perspectiva del mundo al enseñarnos que nuestra función es demostrar a los demás que sus pecados percibidos contra nosotros no han ocurrido porque no tuvieron ningún efecto. En otras palabras, dado que el Amor y la paz de Dios permanecen inmaculados dentro de nuestras mentes, tales pecados no pueden ser una causa. Si no hay efecto, no puede haber una causa, y si algo no es una causa, no existe: si no hay efecto, no hay causa, por lo tanto, no existe. Esta es la forma en que los pecados son verdaderamente perdonados.

Dios

Comenzamos con una declaración de la relación Causa-Efecto del Cielo.

(II.1:1-5) Sin causa no puede haber efectos, mas sin efectos no puede haber causa. Lo que hace que una causa sea causa son sus efectos; el Padre es Padre por razón de Su Hijo. Los efectos no crean su causa, pero sí establecen su condición de causa. De este modo, el Hijo otorga Paternidad a su Creador y recibe el regalo que le ha dado. Y puesto que es el Hijo de Dios, tiene que ser a su vez un padre, que crea tal como su

Padre lo creó a él.

Una causa se convierte en causa por sus efectos: lo que establece algo como

causal es que tiene efectos; lo que establece a Dios como Creador, nuestro

Padre y Fuente, es que tenemos el estar en el Cielo como Cristo, Su único

Hijo. Sin embargo, aunque creamos como Dios, no lo creamos a Él; Él es

por siempre nuestra Causa y nosotros Su eterno Efecto.

(II.1:6-8) El círculo de la creación no tiene fin. Su punto de partida y su punto final son el mismo, pero dentro de sí encierra a todo el universo de la creación, sin principio ni fin.

Leemos en el libro de ejercicios que “Lo que Él [Dios] crea no está separado de Él, y no hay ningún lugar en el que el Padre acabe y el Hijo

comience como algo separado” (L-pl.132.12:4), una unicidad que no puede

ser entendida en nuestro mundo de multiplicidad. En realidad, no hay Dios

y Cristo, Padre e Hijo, Causa y Efecto – sólo Unidad perfecta e indiferenciada. Como hemos visto, es útil en nuestra condición, que Jesús

nos hable en términos dualistas (T-25.I.5-7) como si hubiera dos Seres en el

Cielo. Sin embargo, siempre debemos recordar que la Fuente y la Idea son

indivisiblemente una porque el círculo de la creación es por siempre perfecto y continuo.

(II.2:1-4) La paternidad es creación. El amor tiene que extenderse. La pureza no está limitada en modo alguno. La naturaleza del inocente es

ser eternamente libre, sin barreras ni limitaciones.

La dinámica de extensión o creación del Cielo es incomprensible porque es

no-espacial y no-temporal. El Amor de Dios simplemente se extiende, y nosotros, como Cristo, somos Su extensión. Siendo parte de Dios, compartimos esta extensión del amor, conocidas como nuestras creaciones,

que también están más allá de la comprensión de una mente separada, y

mucho menos de un cerebro. Además, nuestra unidad inherente como espíritu es indisoluble, un estado de impecabilidad que no se ve afectado

por los sueños de separación y especialismo. Causa y Efecto son eternamente Uno, y este es el principio de Expiación al que nos referiremos

ahora.

El principio de Expiación.

El ego nos dice que nos hemos separado de Dios, habiendo separado el

efecto de la causa, dejando al efecto valerse por sí mismo y convertirse en

su propia causa. Este loco pensamiento que niega a Dios Su Efecto es suavemente corregido por la Expiación.

(I.10:1) Tú que has querido condenar a tu propio Creador no puedes comprender que no fue Él Quien condenó a Su Hijo.

Dios no está enojado, al contrario, el ego miente. La creencia de que el Juicio de Dios buscaba el castigo es lo que nos motivó originalmente a abandonar la mente, proyectando el yo separado en un mundo inventado.

Habiendo hecho esto, olvidamos que fue sólo nuestro juicio, la mente decidiendo por el ego, lo que estableció la necesidad de este lugar irreal

para refugiarnos.

(I.10:2-3) Quieres negarle Sus Efectos, sin embargo, Éstos jamás han sido negados. Es imposible que Su Hijo pudiese jamás haber sido condenado por lo que carece de causa y es contrario a Su Voluntad.

Ésta es una expresión de la Expiación – no pasó nada. De ninguna manera

podríamos ser juzgados y castigados por un pecado que no solo no

cometimos, sino que era imposible de cometer. Lo que no pudo suceder no sucedió: el Efecto nunca ha abandonado su Causa; el Hijo nunca podría abandonar a su Padre.

(I.10:4-7) De lo único que tu memoria quiere dar testimonio es del temor a Dios. Él no ha hecho eso que temes. Ni tú tampoco. Por lo tanto, jamás perdiste tu inocencia.

Recuerda esto del folleto de Psicoterapia: "¿Y por qué sollozaría alguien sino por su inocencia?" (P-2.IV.1:7). Toda tristeza y lágrimas se originan en

la creencia de que al separarnos de Dios desechamos nuestra inocencia y

nunca la recuperaremos. Incluso si pudiéramos recuperarla de alguna manera, el ego nos dice, que Dios nunca nos dejaría volver a Él porque Su

ira vengativa nos excluye. Sin embargo, toda esta locura es parte de la pesadilla secreta del ego que nos miente, diciéndonos: "Dios ha abandonado

Sus Pensamientos", estos Pensamientos son Sus Hijos pecadores. Ver T31.IV.9:1 para la corrección de la Expiación, que refleja la verdad de que la

Inocencia nos ha creado inocentes. Por lo tanto, "¡Él no ha abandonado Sus

Pensamientos!"

(I.10:8-9) No tienes necesidad de curación para estar sano. Desde la quietud de tu interior, ve en el milagro una lección en cómo permitir que la Causa tenga Sus Propios efectos y en no hacer nada que pueda interferir.

No tenemos que ser curados porque ya lo estamos. Lo único que requiere

curación es el error de creer que la necesitamos, porque la curación es necesaria sólo donde hay enfermedad. Pero si no hay enfermedad – es decir,

la separación nunca sucedió – ¿qué hay para ser curado? El papel del milagro, que se discutirá a continuación, es demostrarle a la mente dormida

que el cuerpo es simplemente una figura en un sueño. Al hacernos la pregunta "¿Cómo puede enfermarse una ilusión?", el milagro elimina la interferencia en nuestro recuerdo de que nosotros, como Efecto de Dios,

nunca hemos abandonado la Causa que es nuestra Fuente.

(VII.1:5) Un espacio donde Dios no se encuentra o una brecha entre Padre e Hijo no es la Voluntad de ninguno de los Dos, que prometieron ser uno solo.

En este capítulo vemos un tratamiento completo de la brecha, sinónimo de

la creencia del Hijo de que se separó de su Padre. En el gráfico, esta brecha

(la diminuta y alocada idea) está representada por la línea vertical que parece venir del Cielo, pero no toca la línea sólida. La repetición de la palabra promesa en el siguiente párrafo se hace eco de la sección anterior,

"Los votos secretos", donde Jesús habla de nuestra promesa de unos a otros

para reforzar la separación. Esta es la respuesta del ego a la verdadera promesa que refleja el canto de unidad que Padre e Hijo se cantan el Uno al

Otro, deshaciendo la brecha que nunca existió.

(VII.1:6-8) La promesa de Dios es una promesa que Él se hizo a Sí Mismo, y no hay nadie que pudiese ser desleal a lo que Su Voluntad dispone como parte de lo que Él es. La promesa de que no puede haber

brecha alguna entre Él y lo que Él es no puede ser falsa. ¿Qué otra voluntad podría interponerse entre lo que no puede sino ser uno solo y en Cuya Plenitud no puede haber brecha alguna?

Lo anterior es el mensaje del Espíritu Santo para cuando nos sentimos tentados a escuchar al ego. Su Voz de la sabiduría y el amor, por Su misma

Presencia, nos dice que la separación nunca ocurrió. Los movimientos anteriores de nuestra sinfonía nos han mostrado cómo el ego responde a

este mensaje de Expiación al montar una ingeniosa estrategia en su contra.

La estrategia del ego.

Causa y efecto.

Como se discutió anteriormente, una dimensión clave en la estrategia del

ego es demostrar que el efecto ha abandonado su causa, dejando el efecto

libre para que se convierta en su propia causa y establezca su propio

conjunto de relaciones causales. Mientras que el pensamiento de separación de la mente es la causa, con el mundo de la enfermedad y la muerte como el efecto externo de una causa reprimida, seguimos creyendo que la causa de nuestro sufrimiento se encuentra en el mundo de los cuerpos, fuera de la mente. Esta inversión de la verdadera situación causal es la sustitución del yo por la relación Causa-Efecto de Dios y Cristo.

(II.8:1) La separación comenzó con el sueño de que el Padre estaba privado de Sus Efectos y de que era incapaz de conservarlos, pues había dejado de ser su Creador.

Ésta es la extraña noción de auto-creación del ego, en la que se convirtió en su propio creador, el substituto de Dios.

(II.8:2-3) En el sueño, el soñador se hizo a sí mismo. Pero lo que hizo se volvió contra él, asumiendo el papel de creador suyo, tal como él mismo había hecho.

Jesús se refiere al comienzo de la inversión del efecto y la causa del ego.

Somos el autor o el soñador del sueño, que luego olvidó la identidad del soñador. Ahora parece como si el sueño nos estuviera soñando a nosotros, siendo nuestro victimario: el cuerpo, nuestro o de otro, es la única causa de nuestro sufrimiento.

(II.8:4) Y así como él odió a su Creador, del mismo modo las figuras del sueño lo odian a él.

El núcleo del sueño secreto es que odiamos a Dios porque pensamos que Él nos odia. Lo odiamos porque se ha convertido en nuestro rival por el trono de la creación que usurpamos, en el cual ahora nos sentamos con orgullo. El sueño del mundo no es ni más ni menos que la imagen especular del sueño

secreto de la mente, excepto que se ha proyectado en forma de cuerpos separados que nos imponen su voluntad. Esto es una defensa contra la culpa por haber impuesto primero nuestra voluntad a Dios, un “hecho” que creemos. Nuestra experiencia paranoica del mundo, entonces, es la proyección del origen del sueño, la creencia de que atacamos a nuestro Creador. Hacemos cualquier cosa con tal de proteger el yo que le robamos, esforzándonos poderosamente por protegerlo de Su ira, sin nunca darnos cuenta de que nuestra Fuente no sabe nada de esta locura y simplemente nos ama.

(II.8:5) Su cuerpo es esclavo de ellas, que abusan de él porque los motivos que él le adjudicó al cuerpo ellas lo han adoptado como propios.

Debido a la proyección, creemos que el mundo nos lastimará, abusará y

traicionará, percibiendo en los demás las partes escindidas del yo pecaminoso que hemos negado. En el sueño de la mente, somos los atacantes, abusadores, y traidores, los infieles que rompieron su promesa a

Dios. Nuestra culpa es tan into-lerable que necesitamos proyectarla como

un mundo pecaminoso y terrible que es lo opuesto al amor y la inocencia

del Cielo. El sueño del mundo, por lo tanto, inevitablemente es paralelo al

sueño secreto, nuestros cuerpos creen que los demás nos hacen lo que nuestra culpa silenciosa nos dice que les hemos hecho.

(II.8:6-7) Y odian al cuerpo por la venganza que éste quiere hacer que recaiga sobre ellas. Mas la venganza de ellas contra el cuerpo es lo que parece probar que el soñador no es el autor del sueño.

¿Cómo, entonces, ante tal dolor y sufrimiento podríamos ser considerados

responsables? ¿Cómo pudimos ser vistos como pecadores frente al patente

abuso perpetrado contra nuestros yoes inocentes? Es por eso que nos

encanta ser tratados injustamente, el núcleo del guion cuidadosamente

elaborado del ego. Está tan hábilmente hecho que, de hecho, nadie, ni siquiera Dios Mismo, podría creer que somos la causa de nuestra angustia.

Siguiendo esta estrategia del ego, soñamos con los cuerpos para que parezcamos ser las víctimas inocentes, un tema que continúa hasta el movimiento final de nuestra sinfonía.

(II.8:8) Primero se separan efecto y causa, y luego se invierten, de forma que el efecto se convierte en causa y la causa en efecto.

El yo separado de la mente (soñador) es la fuente del mundo (sueño) y el

velo de negación que cae a través de la mente la separa del sueño, manteniendo la causa y el efecto separados y sin mente. Parece que este yo

separado, cuyo lugar se encuentra ahora en el cuerpo, es causado por otros

cuerpos en el sueño. A medida que crecemos, nuestras personalidades parecen estar moldeadas por un mundo que está fuera de nosotros.

Por

ejemplo, si no hubiera suficiente comida, como en muchos países del mundo, nuestros cuerpos demacrados muy probablemente perecerían a una

edad temprana, la culpa está claramente fuera de nosotros. O tal vez vivimos en un país próspero, pero sin amor en el hogar. Esto nos haría incapaces de desarrollar relaciones íntimas como adultos, la causa de este

miserable estado psicológico, de nuevo, se atribuye justificadamente a fuerzas externas más allá de nuestro control. Por cierto, para el ego no hay

diferencia si la privación es física o emocional. De cualquier manera, los

cuerpos que sufren demuestran nuestra inocencia, el amargo destino de

vivir en un universo cruel e insensible, “un mundo árido y polvoriento, al

cual criaturas hambrientas y sedientas vienen a morir” (L-pII.13.5:1).

(II.9:1-2) Ése es el último paso de la separación, ... es un efecto de lo que ha sucedido antes, que ahora parece ser la causa.

Esto consuma la estrategia del ego, la base de la escalera que la separación nos hizo descender: nuestra firme base en el mundo corporal sin recuerdos de su origen en la mente, el efecto ha sido exitosamente separado de la causa y luego revertido. Los testigos del mundo apoyan esta amnesia, así como la creencia de que somos el efecto de una causa externa. Una de las formas en que el ego se asegura que creamos que somos el efecto de los pecados de otras personas es hacernos recordar todo lo que nos ha sucedido. Estos son los recuerdos de abusos pasados que demuestran que somos víctimas inocentes de causas que no podemos cambiar. Mientras tanto, como nos vemos como criaturas de un pasado injusto, todo lo que hacemos se convierte en una comprensible defensa contra el dolor que sentimos de niños. Muchas formas de psicoterapia se basan en descubrir tales causas insensatas, que se consideran la fuente de nuestras experiencias conscientes de culpa y lástima. "El recuerdo del presente", la siguiente sección que examinaremos, nos ofrece una mirada en profundidad a esta dinámica del ego de recordar.

(I.5:3-5) La memoria retiene los mensajes que recibe, y hace lo que se le encomienda hacer. No escribe el mensaje ni establece su propósito. Al igual que el cuerpo, no tiene un propósito intrínseco. La memoria es una habilidad que cumple el propósito que le ha dado el maestro que hemos elegido. Como todo lo demás del cuerpo, la memoria es neutra. Una vez que creemos que estamos aquí, sirve al propósito del ego, el cual es que permanezcamos en el sueño recordando las heridas pasadas, o del Espíritu Santo, Quien nos ayuda a recordar a Dios y a despertar a

nuestro Ser. Es únicamente la mente tomadora de decisiones la que le da al cuerpo el propósito de la memoria de la mentalidad-correcta o de la errada.

(I.5:6) Y si parece servir para abrigar un viejo odio y presentarte escenas de injusticias y de resentimientos que has estado guardando, ése es el mensaje que le pediste, y eso es lo que es.

Así es como el ego usa la facultad de la memoria. Recordamos lo que la

gente nos hizo hace cinco, diez o cincuenta años, o incluso en los últimos

cinco minutos o segundos. Estas injusticias se conservan cuidadosamente

en nuestras mentes, mantenidas en nosotros todo el tiempo que nos puedan

servir a nuestro odioso propósito. Tomando esta bolsa de recuerdos, elegimos un abuso apreciado que nos pueda servir al propósito de decirle a

nuestro hermano: "Mira mi dolor, pecador. Por ti sufro y muero, porque tú

eres responsable de mi estado infeliz, no yo". Todos tenemos esta bóveda

cerrada en nuestras mentes en la que – todos y cada uno de los días, en

todos y cada uno de los momentos – hemos guardado ejemplos de cómo nos

han tratado injustamente. Estos testigos del pecado están listos para ser

llamados a la memoria siempre que necesitemos un chivo expiatorio de

nuestra culpa.

(I.5:7-9) La historia de todo el pasado del cuerpo se encuentra oculta allí, confinada en sus bóvedas. Todas las extrañas asociaciones que se han hecho para mantener vivo el pasado y el pre-sente muerto, están depositadas ahí, esperando tu orden de que se te traigan y vuelvan a revivirse. Y de este modo, sus efectos parecen haber aumentado con el tiempo, el cual se llevó consigo su causa.

Este importante pasaje describe la belleza del sistema de pensamiento del

ego, lo que nos lleva a decir: "Por supuesto que soy así. Me hicieron así, y no hay nada que pueda hacer para alterar mi destino cuya causa yace en un pasado que ya no está. No puedo, por ejemplo, deshacer lo que fue mi familia; ni puedo deshacer las condiciones económicas en las que crecí. Soy el efecto desafortunado de lo que me ha sucedido". Con la causa en la mente desapareciendo en un pasado inmutable, no hay esperanza de un cambio significativo, la conclusión que ama el ego. Habiendo anulado la verdadera causa de nuestro miserable estado enterrándola en un pasado que ya no está, todo parece perdido para siempre. A pesar de su brillantez, Freud intentó resucitar el pasado como causa, sin reconocer que existía sólo en el presente cuando la mente decidió aferrarse a él. Esta elección es el problema, porque la memoria es simplemente una decisión presente proyectada en un pasado inexistente; es una consecuencia de una causa que está en la mente atemporal. No hay pasado, no porque el ego diga que ha desaparecido, sino porque nunca existió. No obstante, lo seguimos reteniendo en la memoria como si estuviera aquí, determinando nuestras acciones ahora.

El uso que el ego hace del cuerpo.

(V.4:1) Has concebido una diminuta brecha entre las ilusiones y la verdad para que sea el lugar donde reside tu seguridad y donde lo que has hecho mantiene celosamente oculto a tu Ser.

Nuevamente, la brecha se muestra en el gráfico por la línea vertical que

parece unir el círculo (el tomador de decisiones) al Cielo. El pequeño espacio entre la Mente y la mente simboliza la irrealidad de la separación,

que todavía mantenemos como cierta. El ego enseña que nuestra protección

se encuentra dentro de esa brecha porque el recuerdo de Dios está

escondido allí con seguridad, inaccesible a nuestro recuerdo. El mundo, el efecto de la brecha, cubre la creencia del ego en la separación, sin embargo, la verdadera seguridad radica en el principio que las ideas no abandonan su fuente: los Efectos no abandonan su Causa; el Hijo nunca ha abandonado a su Padre.

(V.4:2-9) Aquí es donde se ha establecido un mundo enfermizo, que es el que los ojos del cuerpo perciben. Aquí están los sonidos que oye, las voces para las que sus oídos fueron concebidos. Sin embargo, los panoramas y los sonidos que el cuerpo percibe no significan nada. El cuerpo no puede ver ni oír. No sabe lo que es ver, ni para qué sirve escuchar. Es tan incapaz de percibir como de juzgar; de entender como de saber. Sus ojos son ciegos; sus oídos, sordos. No puede pensar, y, por lo tanto, no puede tener efectos.

En ninguna parte se ha expresado con mayor claridad este tema de la naturaleza ilusoria del cuerpo que en el capítulo actual. El propósito del ego para ver y escuchar es hacernos percibir imágenes y sonidos que no están ahí. Debido a que la mente le ha dicho al cuerpo lo que debe ver y escuchar, creemos que lo hacemos, creyendo que lo que percibimos es real, un efecto de la causa que es la separación y el pecado. Nuestros cuerpos sin mente prueban que la verdadera Causa y Efecto no existe: el objetivo final del ego.

No hay ningún error en lo que Jesús está diciendo aquí, y nuestras mentes reconocen la implicación subyacente: nosotros, las personas que pensamos que somos, no existimos. Los ojos con los que leemos estas palabras, los oídos con los que las oímos al hablar, el cerebro con el que pensamos, son

todas percepciones ilusorias. Nuestras identidades especiales no son reales,

¿y quienes, excepto los que están en la mentalidad-correcta podrían amar a

Jesús, ya que su curso niega su existencia misma?

(V.5:1-4) Podría haber creado Dios algo para que enfermase? ¿Y cómo podría existir algo que Él no hubiese creado? No permitas que tus ojos se posen en un sueño ni que tus oídos den testimonio de una ilusión. Pues los ojos fueron concebidos para que viesen un mundo que no existe, y los oídos, para que oyese voces insonoras.

Vemos aquí una referencia implícita al propósito. El cuerpo fue hecho específicamente para que pudiéramos probar que el mundo es real.

Esto lo

convertiría en un efecto real de una causa real, estableciendo la separación

como la única realidad. Este propósito es el método detrás de la locura del

ego de intentar demostrar que la Expiación está equivocada y es por eso que

nuestras mentes eligen soñar con la enfermedad – la culpa de la mente y las

enfermedades del cuerpo – en lugar de con nuestra realidad como espíritu

inmutable y eterno.

(V.5:6-8) Pues los ojos y los oídos son sentidos sin sentido, y lo único que hacen es relatar lo que ven y lo que oyen. Mas no son ellos los que ven y oyen, sino tú, quién ensambló cada trozo irregular, cada migaja y fragmento absurdo de prueba para que diera testimonio del mundo que deseas. No permitas que los ojos y los oídos del cuerpo perciban estos innumerables fragmentos dentro de la brecha que tú te imaginaste, ni permitas que persuadan a su hacedor de que sus fabricaciones son reales.

A lo largo de su curso, el tú a quien Jesús se refiere no es el tú que tiene

ojos, oídos y cerebro, sino la mente tomadora de decisiones que elige entre

el ego y el Espíritu Santo. La mente sigue las instrucciones del ego, el cual

quiere probar que existe fabricando un mundo que muestra que la

separación es real y la unidad no lo es. En esta veta, observa el ingenioso juego con la palabra sentido: sentimos y percibimos cosas que no tienen sentido, ya que se originan en un sistema de pensamiento sin sentido y delirante. "Los votos secretos", la siguiente sección que será considerada, re-presenta nuestro importante tema sinfónico de la naturaleza ilusoria del cuerpo:

(VI.1:1) El que castiga al cuerpo está loco. Todos buscamos castigar el cuerpo sin mente, odiándolo como si fuera el problema. El ego es ingenioso en sus formas punitivas de distraernos de la mente, tres de sus favoritas son el ascetismo, la enfermedad y los ataques a otros. Estas distracciones hacen que el pecado y el dolor sean reales, percibidos en los cuerpos y no en la mente que sueña locamente con ellos.

(VI.1:2) Pues ahí es donde ve la diminuta brecha, que, sin embargo, no está ahí. La brecha es la separación, la cual se manifiesta en el cuerpo. Sin embargo, el cuerpo no existe fuera de la mente, ni tampoco la brecha que en realidad es su fuente. Esta brecha, la creencia de la mente en un yo separado, se mantiene cuidadosamente oculta y protegida por el cuerpo.

(VI.1:3-5) El cuerpo no se ha juzgado a sí mismo, ni se ha convertido en lo que no es. No procura hacer del dolor un gozo, ni esperar encontrar placer duradero en lo que no es más que polvo. No te dice cuál es su propósito, ni tampoco puede él mismo entender para qué es. Una y otra vez, Jesús vuelve al tema del propósito: que nos preguntemos sobre cualquier cosa para qué es. Creemos que el propósito del cuerpo es

ser feliz y próspero aquí, cuidándose a sí mismo y a los demás cuerpos. Sin embargo, no nos damos cuenta – habiendo quedado enterrado el propósito en nuestras mentes – que el cuerpo se fabricó sólo para proteger la farsa que es el ego, la "parodia" que es su substituto especial de nuestro glorioso Ser (T-24.VII.1:11; 10:9).

(VI.1:6-10) No hace de nadie una víctima porque no tiene una voluntad propia, ni tampoco preferencias o dudas. No se pregunta lo qué es. Por lo tanto, no tiene necesidad de competir. Se puede hacer de él una víctima, pero no puede considerarse a sí mismo como tal. No acepta ningún papel, sino que hace lo que se le dice sin atacar.

Si bien todos somos aspirantes a filósofos y nos preguntamos quiénes somos y por qué estamos aquí, es el ego el que instruye al cerebro a hacer preguntas, ya que esto afirma la versión de causa y efecto de la mente errada. Esto también es válido para nuestras experiencias de victimización o tener una función específica, la cual el ego establece con el propósito de hacer real el mundo de la separación.

(VI.2:1) Atribuir la responsabilidad de lo que ves a aquello que no puede ver, y culparlo por los sonidos que te disgustan cuando no puede oír, es ciertamente una perspectiva absurda.

Jesús se está burlando gentilmente de nuestras actitudes hacia un cuerpo

que, como un títere, literalmente no hace nada a menos que lo indique el

titiritero que es la mente tomadora de decisiones. Culpar al cuerpo es algo

tan loco como los padres gritando a un títere en el escenario por un comportamiento que consideran inapropiado para sus hijos. Es la persona

que no se ve, detrás de escena, quien sería el objeto correcto para su queja.

Análogamente, es la mente a la que debemos acudir para corregirnos, no al

cuerpo.

(VI.2:2-7) El cuerpo no sufre el castigo que le impones porque no tiene sensaciones. Se comporta tal como tú deseas que lo haga, pero nunca toma decisiones. No nace ni muere. Lo único que puede hacer es vagar sin rumbo por el camino que se le haya indicado. Y si cambias de rumbo, camina con igual facilidad por esa otra dirección. No se pone de parte de nada, ni juzga el camino que recorre.

La experiencia contradice esta afirmación porque nuestros cuerpos parecen sentir dolor físico y emocional, tomando decisiones que determinan nuestro

destino. Esto ilustra cuán efectivo ha sido el ego en su estrategia, convenciéndonos de que nuestra identidad está localizada en un cuerpo

auto-motivado, con deseos, necesidades e intención.

(VI.2:8-9) No percibe brecha alguna porque no odia. Puede ponerse al servicio del odio, pero no puede por ello convertirse en algo odioso.

La mente puede usar el cuerpo para atacar, pero ¿cómo podemos odiar lo

que no es nada? Es instructivo notar nuestras reacciones al leer estas líneas

sobre la irrealidad del cuerpo, porque nuestra identificación corporal debe

engendrar un miedo tremendo en nosotros. Aunque Jesús quiere significar

sus palabras literalmente y con frecuencia vuelve a este tema, nuestro estado sin mente nos impide comprenderlo, sin mencionar que es incapaz

de protegernos del terror que seguiría a tal comprensión.

(VI.3:1) Lo que odias y temes, deseas y detestas, el cuerpo no lo conoce.

Lo que aún se desea y se detesta es la separación. Incluso más específicamente, como recordamos, anhelamos el consuelo de la culpa y la

deseamos (por ejemplo, T-13.II; T-19.IV-A.i), incluso cuando la odiamos. No sabemos nada de esta atracción de la culpabilidad porque, como también vimos antes, el cuerpo fue hecho para mirar hacia afuera, no hacia

adentro a la mente tomadora de decisiones (T-18.IX.4).

(VI.3:2-3) Lo envías a buscar separación y a que sea algo separado. Luego lo odias, no por lo que es, sino por el uso que has hecho de él. Una vez más, Jesús habla del propósito. El cuerpo fue fabricado para probar que destruimos a nuestro Creador. Por este pensamiento lleno de pecado, nuestra culpa proyectada exigía que odiáramos al cuerpo, a pesar de que no tenía nada que ver con la decisión de la mente. Al final, es sólo el propósito de la culpa, dado al cuerpo por la mente, lo que odiamos.

(VI.3:4-10) Te desvinculas de lo que ve y oye, y odias su debilidad y pequeñez. Detestas sus actos, pero no los tuyos. Mas el cuerpo ve y actúa por ti. Él oye tu voz. Y es frágil e insignificante porque así lo deseas. Parece castigarte, y así, merece que le odies por las limitaciones que te impone. No obstante, eres tú quien lo ha convertido en el símbolo de las limitaciones que quieres que tu mente tenga, vea y conserve. Como siempre, Jesús habla desde la mente a la mente. Las limitaciones que queremos que nuestra mente "tenga, vea y conserve" nacen de la separación, el sustituto de la ilimitación de nuestra realidad como Cristo.

El cuerpo es la expresión perfecta de esta substitución, porque distorsiona lo que somos y restringe lo que hacemos, sin darnos cuenta de cómo esto refleja la limitación inherente de la creencia de la mente en la separación. Afianzamos este engaño a través de nuestras alianzas de especialismo, las cuales nos ayudan a negar nuestros sueños secretos de pecado proyectándolos a todos los demás como el sueño del mundo. Estos sueños son la danza de la muerte por parte del ego, a la que invitamos continuamente a nuestros hermanos especiales a unirse. Esa es la promesa que nos hacemos unos a otros, forjada en la culpa, para reforzar la

separación. Nuestros odiados enemigos y los apreciados amores son las caras opuestas de la misma moneda de especialismo, la cual refleja nuestros acuerdos secretos para ser víctimas y victimarios. A lo largo del holograma del tiempo bailamos esta danza – aquí la víctima, allí el victimario. El papel específico no importa para los enemigos que se aferran entre sí como lo hacen los amantes. Todo especialismo es lo mismo, a pesar de sus diferentes formas.

(VI.4:1-2) El cuerpo representa la brecha que se percibe entre la pequeña porción de mente que consideras tu mente, y el resto de lo que realmente es tuyo. Lo odias, sin embargo, crees que es tu ser, el cual perderías sin él.

Recuerda que la brecha se representa en el gráfico como la línea vertical

entre Cristo y el pequeño ser que pensamos que somos. Nuestro mayor

temor es que sin este ser no habría nada, por eso elegimos el ego al principio y aún lo elegimos. El ego nos dice, y con razón desde su punto de

vista, que si elegimos la Expiación perderemos nuestro yo separado. Como

haríamos cualquier cosa para no perder esta identidad, abrazamos fervientemente nuestros tratos especiales entre nosotros – los votos secretos, los juramentos, los compromisos y promesas que hacemos, como

ahora leemos:

(VI.4:3-7) Éste es el voto secreto que has hecho con cada hermano que prefiere caminar solo y separado. Éste es el juramento secreto que renuevas cada vez que percibes que has sido atacado. Nadie puede sufrir a menos que considere que ha sido atacado y que ha perdido como resultado de ello. El compromiso a estar enfermo se encuentra en

tu conciencia, aunque sin expresarse ni oírse. Sin embargo, es una

promesa que le haces a otro de que él te herirá y de que a cambio tú lo atacarás.

Estas promesas constituyen nuestras relaciones especiales, aunque el término no se usa aquí. Hacemos un juramento para probarnos mutuamente

que el ego está vivo y en buen estado, y que el pecado es real. No nos importa en que cuerpo se encuentre, siempre que sea un cuerpo pecaminoso

que no sea el nuestro. Cortados de la misma tela del ego, todos participamos

en esta cruel danza de la muerte, compartiendo el objetivo de mantener

nuestro yo especial, y a través de nuestro sufrimiento, culpando a otro por

nuestro pecado secreto.

(VI.5) Pero nunca tú solo. Este mundo no es más que el sueño de que puedes estar solo y de que puedes pensar sin que ello afecte a los que están separados de ti. Estar solo significa que estás separado, y si lo estás, no puedes sino estar enfermo. Esto parece probar que definitivamente estás separado. No obstante, lo único que significa es que has tratado de mantener la promesa de serle fiel a la infidelidad. Mas la infidelidad significa enfermedad. Es como la casa edificada sobre pajas. De por sí parece ser muy sólida y real. Su estabilidad, no obstante, no se puede juzgar sin tomar en consideración sus cimientos. Si descansa sobre pajas, de nada sirve atrancar las puertas, cerrar las ventanas o correr los cerrojos. El viento la derrumbará, y las lluvias la azotarán y la arrastrarán al olvido.

Nosotros y nuestros compañeros especiales acordamos estar en cuerpos,

odiarnos y amarnos unos a otros. Dentro del mundo del ego, odiar y amar

son lo mismo porque refuerzan la separación y los intereses separados. También lo hace la enfermedad corporal, la proyección del auto-odio de la

mente que perpetúa la ilusión de separación al hacer real el cuerpo, el efecto

de una causa externa a la que se puede ver y oponérsele. Todo esto equivale

a una negación de la promesa que Dios y Su Hijo se hicieron el Uno al Otro de que Ellos serían Uno para siempre. Este sagrado juramento es negado por la promesa secreta que nos hacemos el uno al otro, forjada con ira, para afirmar nuestro especialismo. Más adelante en este movimiento discutiremos cómo se cura esta locura a través de nuestro acuerdo para unirnos en lugar de separarnos.

Enfermedad

La enfermedad es una treta importante en la estrategia del ego. Hace que el cuerpo sea real, otra de las armas del ego en su guerra contra el tomador de decisiones de la mente. Como sabemos muy bien a estas alturas, la enfermedad física es el efecto de una causa, la cual el ego quiere hacernos creer que se encuentra en microorganismos (o macroorganismos) fuera de nosotros. En realidad, sin embargo, los síntomas son solo los efectos de una mente enferma que cree que la culpa es preferible al amor.

(II.3:1-2,6-7) La enfermedad es siempre un intento por parte del Hijo de Dios de ser él su propia causa y de no permitirse a sí mismo ser el Hijo de su Padre. Como consecuencia de este deseo irrealizable, él no cree ser el efecto del Amor, sino que él mismo debe ser su propia causa debido a lo que es.

Enfermedad es otro nombre para la arrogante afirmación del Hijo de que

ahora se ha creado a sí mismo y, sin duda, ha creado a otros en una imagen

pecaminosa que ya no se ve en sí mismo. No solo ha negado la verdadera

Causa y Su Efecto (el Ser), sino también su unidad con la Filiación, con su

lugar ocupado por el enfermo aislamiento del especialismo de la mente.

(III.3:1-2) El milagro no hace nada precisamente porque las mentes

están unidas y no se pueden separar. En el sueño, no obstante, esto se ha invertido, y las mentes separadas se ven como cuerpos, los cuales están separados y no pueden unirse.

Lo que se discute aquí es esencial para comprender Un Curso de Milagros,

pero no se puede comprender a menos que nos separemos del cuerpo, nos

elevemos por encima del campo de batalla y contemplemos el sueño.

Desde

esta perspectiva de la visión de Cristo, la enfermedad claramente no es del

cuerpo sino una decisión de la mente de estar separada. Dado que se necesitan dos para separarse, el principio de Expiación es verdadero porque

Dios nunca reconoció la separación, lo que significa que nunca sucedió.

Por

eso el ego necesita que Dios vea a Su Hijo separado y reaccione en consecuencia. Es por eso que la Biblia, el libro del ego, se basa en los locos

pensamientos de que Dios percibió la "realidad" del pecado y respondió a

él. Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, el Creador trata el pecado como

algo real, una percepción errónea que ha permanecido intacta durante milenios.

La Expiación sana porque afirma la irrealidad de la separación. Como Dios

no sabe nada de eso, sigue siendo un hecho sólo en nuestras mentes delirantes. Revivimos esta creencia una y otra vez, tratando

desesperadamente de demostrar que es real haciendo que otros estén de

acuerdo, por lo que necesitamos que sean testigos de la realidad de la separación, la enfermedad y los dolores y alegrías del especialismo.

Mientras se necesitan dos para tener la separación y la enfermedad, solo se

necesita uno para la Expiación. Si te presentas ante mí como enfermo y

reacciono como si lo estuvieses, te estoy ayudando e incitando en el deseo

de demostrar que la separación es real. Es importante tener en cuenta que el milagro no se trata de las reacciones del comportamiento, y de ninguna manera esto significa que debemos dejar que alguien permanezca con dolor.

Difícilmente es amoroso, por ejemplo, decirle al que sufre: "Ya que no eres un cuerpo y no hay nada realmente malo en ti, no hay necesidad de llamar a un médico, que es otro cuerpo". Al contrario, el Curso solo habla de cómo

reaccionamos, en actitud. Como la percepción es interpretación, el problema no es lo que ven los ojos del cuerpo, sino la interpretación de la

mente de lo que ven. Si mi mente correcta no te percibe como enfermo, no

estás enfermo. En este instante santo mi mente sanada te dice que la separación nunca ocurrió, lo que significa que no puedes estar enfermo. Por

mi paz y mi amor, a través de los cuales el milagro se extiende sin importar

lo que haga mi cuerpo en respuesta a tu enfermedad, demuestro la verdad

de la Expiación: la paz amorosa de mi mente que no se ve alterada por tus síntomas.

(III.3:3) No permitas que tu hermano esté enfermo, pues si lo está, ello quiere decir que lo dejaste a merced de su propio sueño al compartirlo con él.

Insistir obstinadamente a los demás en que no están enfermos cuando esa es

su clara experiencia te hace parte del mismo problema. ¿Por qué insistirías

en que no están enfermos si no crees en secreto que lo están y que su enfermedad te estaba dando miedo? Siempre debemos recordar que la enfermedad es separación, y la curación es unión. Muy a menudo nos unimos en el nivel de la forma porque esa es la única forma en que nuestro

amor puede comunicarse con los "enfermos". Recuerda la frase del Capítulo

2: "El valor de la Expiación no reside en la manera en que ésta se expresa"

(T-2.IV.5:1). Nunca es la forma la que sana, sino el amable contenido del

milagro, el cual cura a la mente de su elección equivocada. Nuestra paz ante

el sufrimiento permite que la locura acérrima de los intereses separados de

paso al amor de los intereses compartidos.

(III.3:4-6) Él no ha visto donde reside la causa de su enfermedad, y tú has ignorado la brecha que os separa, que es donde la enfermedad se ha incubado. De esta forma, os unís en la enfermedad para dejar sin sanar la diminuta brecha donde se protege celosamente a la enfermedad, donde se estima y donde se sustenta por una firme creencia, no sea que Dios venga y la salve con un puente que conduzca

hasta Él. No te opongas a Su Llegada combatiéndolo con ilusiones, pues

Su Llegada es lo que deseas por encima de todas las cosas que parecen

titilar en el sueño.

Para mantener a Dios y Su Voz alejados, inventamos un sistema de pensamiento de separación que dice: "Los cuerpos son los enemigos, no los

amigos". Necesitamos un mundo así para no tener que reconocer que la

causa de la enfermedad – la creencia en la realidad de la brecha – está en

nuestras mentes, al igual que nuestro anhelo por el remedio de la Expiación.

(III.4.1) El final del sueño es el fin del miedo, pues el amor nunca formó parte del mundo de los sueños.

Se nos ha dicho que el núcleo de cada sueño es el miedo (por ejemplo, T18.II.4), la creencia de la mente de que Dios nos castigará por nuestro pecado. Del mismo modo, el núcleo del sueño del mundo es el miedo a que

otros nos hagan lo que en secreto creemos que les hicimos a ellos (por

ejemplo, T-27.VII.11-12). Este pensamiento loco excluye el propósito del amor, el cual solo existe en la realidad y no en el mundo ilusorio de los sueños.

(III.4:2-6) La brecha es pequeña. Sin embargo, contiene las semillas de la pestilencia y toda suerte de males, puesto que es el deseo de perpetuar la separación y de impedir la unión. Y así, parece conferirle a la enfermedad una causa que no es su causa. El propósito de la brecha es la única causa de la enfermedad. Pues se concibió a fin de mantenerte separado y dentro de un cuerpo que tú ves como si fuese la causa del dolor.

La palabra unión en Un Curso de Milagros se refiere a la mente, no al cuerpo. La causa de la enfermedad es únicamente la decisión de la mente de

separarse, y la curación es la decisión de la mente de aceptar la unión que

ya está ahí. Ese es el mensaje de la Lección 136, "La enfermedad es una

defensa contra la verdad". Nosotros elegimos estar enfermos cuando estamos amenazados por la verdad de nuestra identidad compartida como

mente, por no mencionar nuestra Identidad indivisa como espíritu, huyendo

así a la aparente seguridad del cuerpo. Aun así, la verdadera seguridad radica solo en el milagro de la Expiación que nos recuerda gentilmente que

el cuerpo es ilusorio, siendo la proyección de la ilusión de que hay una brecha entre Dios y Su Hijo.

(III.7:4) ¿Qué es el mundo sino una diminuta brecha que parece desgarrar la enfermedad y fragmentarla en días, meses y años?

Esta diminuta brecha de nada es la suma y la sustancia del mundo.

Dado

que las ideas no abandonan su fuente, la idea de un mundo separado dividido en días, meses y años es simplemente la imagen externa de una

condición interna de la diminuta brecha de la mente: la loca creencia de que

la diminuta y alocada idea de hecho ocurrió, una causa con efectos reales y

palpables.

(III.7:5) ¿Y qué sois vosotros que vivís en el mundo, sino una imagen fragmentada del Hijo de Dios, donde cada uno de los fragmentos está oculto dentro de un trocito de barro separado e inseguro?

Esta es la respuesta de Jesús a nuestra inversión en el cuerpo "maravilloso"

al que dedicamos nuestro tiempo y atención. Sigue siendo un "trocito de

barro separado e inseguro", una forma que parece encerrar el pensamiento

loco de que el Hijo de Dios está fragmentado y separado de su Fuente.

Pronto volveremos a este tema de la nada inherente del cuerpo.

(V.1:1-5) ¿Qué puede ser la sensación de estar enfermo, sino una sensación de estar limitado, o de estar desunido de algo y separado de ello? ¿O de una brecha que percibes entre tu hermano y tú y lo que ahora consideras la salud? Y de este modo, lo bueno se ve como si estuviese afuera, y lo malo, dentro. Y así la enfermedad aparta al ser de

lo bueno y conserva lo malo adentro.

Una vez más, la enfermedad no es de la forma sino del contenido de la separación: una limitación en la que nos separamos de nuestra Fuente y

luego de nuestros hermanos, buscando probar que la separación del amor es

un hecho real. En este sistema delirante, el amor (el bien) parece ser externo

mientras que el pecado de separación de la mente (el mal) permanece dentro, enterrado bajo el doble escudo del olvido del ego (L-

pl.136.5:2): el

pensamiento de la culpa y el mundo engendrado por la culpa.

(V.1:6-11) Dios es la Alternativa a los sueños de miedo. El que es partícipe de sueños de miedo, no puede ser partícipe de Él. Pero el que se niega a ser partícipe de ellos, participa en Él. No hay ninguna otra alternativa. Nada puede existir a menos que tú compartas su existencia.

Y tú existes porque Dios compartió Su Voluntad contigo para que Su creación pudiese crear.

Nos preocupa el sueño porque lo necesitamos para mantener la Alternativa

apartada de nosotros. Si nosotros dedicamos nuestra atención a nuestro sueño especial, nunca despertaremos; si dedicamos la atención al despertar, el sueño disminuirá en importancia a medida que veamos, para citar a Hamlet una vez más, "¡Que esta carne tan firme, tan sólida, se fundiera y derritiera hecha rocío!" (I,v). En consecuencia, es sólo la devoción de la mente por estos pensamientos de mentalidad-errada y de mentalidadcorrecta lo que les da poder dentro del sueño.

(V.2:1) Lo que les confiere realidad a los perniciosos sueños de odio, maldad, rencor, muerte, pecado, sufrimiento, dolor y pérdida es el hecho de compartirlos.

Una vez más, nuestro acuerdo entre nosotros es crucial para el plan del ego, la razón por la que tenemos órganos sensoriales que informan al cerebro de que existe un mundo exterior. Otros cuerpos luego están de acuerdo con nosotros, y si lo hacen con ira o con amor es irrelevante, siempre que refuercen la creencia en la realidad del cuerpo, la sombra de la creencia de la mente en el ego.

(V.2:2-7) Si no se comparten, se perciben como algo sin sentido. Pues al no prestarles apoyo dejan de ser una fuente de miedo. Y el amor no puede sino llenar el espacio que el miedo ha dejado vacante porque éstas son las únicas alternativas que existen. Donde uno aparece, el otro desaparece. Y el que compartas, será el único que tendrás. Y tendrás el que aceptes, pues es el único que deseas tener.

Aunque lo que ha hecho el ego en el sueño es terrible, podemos optar por no compartir los sentimientos ilusorios de los demás. Cuando nuestra mente elige la Expiación, el pensamiento de separación se libera en el sentido de la mentalidad-correcta de uno u otro. Mantenernos sin mentes, como sabemos, es la base de la estrategia del ego. Temeroso de que

reconociéramos nuestro error original y volviéramos a elegir, el ego se encarga de que el error desaparezca. Para nunca ser corregido, nos hace

abandonar la mente, arraigarnos en el cuerpo y creer que somos los efectos

del mundo. Entonces, ¿cómo podríamos reconocer la causa real de nuestra

angustia, la cual es la decisión de creer en la locura en lugar de en la razón?

Esta es la causa que el ego busca mantener oculta de la conciencia para que

nunca escojamos el milagro y regresemos al Amor de Dios, la verdadera

Alternativa al miedo.

El milagro

Antes de pasar a los pasajes sobre el milagro, repasemos su propósito curativo. El ego establece su propia relación causa-efecto, siendo la causa el

pensamiento de separación de la mente, y el efecto el mundo y el cuerpo.

Luego nos hace olvidar la causa al introducir la represión (el velo del olvido) para que una vez que nos encontremos en el estado corporal, el

mundo de los efectos, no tengamos recuerdo de la mente. Sin saber nada

más, buscamos externamente las causas de quiénes somos, y cómo y por

qué estamos aquí. Esta es la inversión del efecto y la causa: el mundo, que

es el efecto, ahora se convierte en la causa; y la causa, que es nuestro ser

(un pensamiento en la mente tomadora de decisiones), es el efecto, excepto

que es percibido como parte de un cuerpo en el mundo.

Anteriormente analizamos el "último paso de la separación" (T-28.II.9:1)

que es el mundo, el cual es también donde comienza el milagro. El arco en

el lado derecho del gráfico va desde el cuerpo hasta el tomador de

decisiones, describiendo el curso del milagro: devolviendo el efecto a la causa, recordándonos que la mente es la causa y sus efectos son irreales. Es importante notar que el milagro no establece la realidad ni la elige; simplemente expone la naturaleza ilusoria del sueño secreto del ego del pecado, la culpa y el miedo, y el sueño proyectado del mundo y los cuerpos. Reafirmando esto, el milagro no hace nada excepto revertir el arco del ego (en el lado izquierdo) que representa la proyección de los pensamientos de la mente en el mundo. Esta es la manera en que el milagro nos lleva hacia arriba por la escalera que la separación nos hizo descender (T-28.III.1:2). Comenzamos nuestra discusión del milagro con la sección de apertura del capítulo, "El recuerdo del presente": (I.1:1-4) El milagro no hace nada. Lo único que hace es deshacer. Y de este modo, cancela la interferencia a lo que se ha hecho. No añade nada, sino que simplemente elimina. El milagro no agrega la mente correcta ni el Cielo. Simplemente quita el velo que separaba el cuerpo de la mente, permitiendo que nuestra atención regrese al punto de toma de decisiones donde inventamos los dos sueños del ego. Al elegir la Expiación del Espíritu Santo, nuestra mente finalmente se da cuenta de que lo que hicimos nunca ocurrió. Podemos ver cómo al exponer el propósito del ego para fabricar el mundo, Un Curso de Milagros no enfatiza en lo positivo, sino que su enfoque está solo en deshacer lo negativo. El milagro sana porque deshace la inversión del efecto y la causa del ego, permitiendo que la mente elija otro propósito: curación en lugar de

enfermedad.

(I.1:5) Y lo que elimina hace mucho que desapareció, pero puesto que se conserva en la memoria, sus efectos parecen estar teniendo lugar ahora.

El sueño secreto (el sistema de pensamiento de mentalidad-errada) ha desaparecido porque nunca estuvo allí: "En el tiempo, esto [la separación]

ocurrió hace mucho. En la realidad, nunca ocurrió" (M-2.2:7-8). La mente

mantiene el pensamiento de la separación en la memoria, pero no somos

conscientes de hacer esto porque nos hemos convertido en algo sin mente.

Creemos que la memoria es una función del cerebro y que a medida que sus

células envejecen y se deterioran, la capacidad de recordar declina.

Sin

embargo, todo lo que sucede es que la mente ha elegido ser gobernada por

las leyes "naturales" del cuerpo, que dictan la disminución de la actividad

cerebral con el tiempo. Sin reconocer que la mente se aferra activamente al

ego por su propia decisión, permanecemos aprisionados porque creemos

que su sistema de pensamiento de separación ocurrió en el pasado, pero que

tiene efectos apremiantes en el mundo.

(I.1:6) Hace mucho que este mundo desapareció.

Esta afirmación es literalmente sorprendente porque no parece ser cierta. Si

bien el mundo es "demasiado para nosotros", como escribió Wordsworth,

desapareció hace mucho tiempo porque es el efecto de una causa que fue

deshecha en el momento en que pareció haber ocurrido. Nuestro ego está

aterrorizado al leer estas palabras, y mucho menos de creer en ellas, porque

nos damos cuenta de que si este mundo desapareció hace mucho tiempo,
nosotros desaparecimos hace mucho tiempo; y que el yo que creemos que
somos, el que está leyendo Un Curso de Milagros, no existiría. Es útil
observar lo que hacemos con este pensamiento, cómo nos
defendemos
colectivamente contra él macrocósmicamente al hacer el mundo, y
microcósmicamente al vivir aquí como individuos bajo las leyes del
especialismo.

(I.1:7) Los pensamientos que lo originaron ya no se encuentran en la
mente que los concibió y los amó por un breve lapso de tiempo.
Los amamos porque los pensamientos de separación y culpa parecían
dar
lugar al yo individual que creemos que es especial y real. Locamente,
defendemos este especialismo hasta la muerte – literalmente – aunque
hace
mucho que desapareció.

(I.1:8-9) El milagro no hace sino mostrar que el pasado ya pasó, y que
lo que realmente ya pasó no puede tener efectos. Recordar la causa de
algo tan sólo puede dar lugar a ilusiones de su presencia, pero no
puede
producir efectos.

Si el pasado no está aquí, no puede ser una causa; y si no es una
causa, no
puede haber efectos. No obstante, nosotros nos esforzamos por
recordar una
causa que nunca sucedió, pero al creer que sucedió, pensamos que es
real y
que tiene efectos presentes. Pero la creencia no puede establecer la
realidad,
y las ilusiones no tienen poder para volverse verdaderas, ni para
convertir la
verdad en ilusión.

(I.2:1-3) Todos los efectos de la culpabilidad han desaparecido, pues
ésta ya no existe. Con su partida desaparecieron sus consecuencias,
pues se quedaron sin causa.

La culpabilidad se equipara con la causa y sus efectos son el mundo
corporal del dolor y el sufrimiento. Sin embargo, si la culpa ha

desaparecido, sus efectos también deben haber desaparecido. Esto nos dice que la experiencia miente porque no estamos verdaderamente aquí en absoluto.

(I.2:4) ¿Por qué querías conservarla en tu memoria, a no ser que desearas sus efectos?

Esta declaración muy importante resalta nuestro deseo de los efectos de la

separación y la culpa. Nos gusta ser cuerpos, incluso cuando vivir aquí implica sufrimiento, porque esto demuestra que la separación es real. Debido a que nos gustan los efectos, también nos gusta su causa – la atracción de la mente por la culpa – ya que esto da realidad al efecto que es

nuestro yo especial. Al leer estos pasajes y tratar de aplicarlos en nuestras

vidas, siempre debemos pensar en el propósito, la llave que abre los aparentes secretos del Curso. Al comprender la estrategia del ego de la ausencia de la mente, entendemos el propósito que Jesús le da al perdón

como medio para deshacer el ego y llevarnos a casa.

(I.2:5-7) Recordar es un proceso tan selectivo como percibir, al ser su tiempo pasado. Es percibir el pasado como si estuviese ocurriendo ahora y aún se pudiese ver. La memoria, al igual que la percepción, es una facultad que tú inventaste para que ocupase el lugar de lo que Dios

te dio en tu creación.

El recuerdo y la percepción son lo mismo: percibimos algo que creemos que está ocurriendo en el presente y tendrá efectos futuros, y recordamos lo

que pensamos que sucedió en el pasado. Sin embargo, la irrealidad del tiempo lineal significa que pasado, presente y futuro son uno. La memoria y

la percepción fueron diseñadas por la mente tomadora de decisiones, el tú al

que se refiere Jesús, la cual usa la separación y el tiempo como un sustituto del Ser infinito y eterno que Dios creó.

(I.2:8-9) Al igual que todas las cosas que inventaste, se puede emplear para otros fines y como un medio para obtener algo distinto. Se puede utilizar para sanar y no para herir, si ése es tu deseo.

Estos otros fines, es "el recuerdo del presente". Recuerda que el propósito del Espíritu Santo es ayudarnos recordar Quiénes somos como Cristo, ya que Él puede ser definido como el recuerdo del Ser que llevamos al sueño cuando nos quedamos dormidos. Él es un recuerdo – no del pasado, sino de lo que es. El recuerdo del presente es obviamente, un juego de palabras con "recuerdo", que por definición es siempre del pasado. Sin embargo, cuando nosotros recordamos con el Espíritu Santo, volvemos a lo que nunca dejó de ser. Por tanto, podemos decir que el ego usa la memoria para ocultar lo que es con lo que fue, la inocencia de Cristo con el pecado del Hijo, aunque este sea un pasado ilusorio de separación.

(I.4:1-3) El Espíritu Santo puede ciertamente hacer uso de la memoria, pues Dios Mismo se encuentra en ella. Mas no es ésta una memoria de sucesos pasados, sino únicamente de un estado presente. Has estado acostumbrado por tanto tiempo a creer que la memoria contiene sólo el pasado, que te resulta difícil darte cuenta de que es una facultad que puede recordar el ahora.

El Espíritu Santo toma lo que hicimos para herir y lo transforma al propósito de sanar. Aunque usamos la memoria para mantener vivo el pasado pecaminoso, acusando a otros de pecado, esa misma habilidad de recordar se puede usar para recordar a Dios olvidando el pecado que nunca ocurrió y perdonando lo que no nos hicieron.

(I.4:4-7) Las limitaciones que el mundo le impone a ese recordar son tan vastas como las que permites que el mundo te imponga a ti. No existe vínculo alguno entre la memoria y el pasado. Si quieres que haya un vínculo, lo habrá. Mas sólo es tu deseo lo que establece dicho vínculo, y sólo tú quien lo limita a una parte del tiempo donde la culpabilidad aún parece existir.

Freud, y todos los que lo siguieron, nunca hubieran entendido esa última frase, porque el pasado tiene un efecto sólo cuando nuestras mentes tomadoras de decisiones – en el presente – permiten que nos afecte. Hacemos esto cuando servimos al propósito del ego de hacer el pecado real, manteniendo la ilusión de una identidad separada que es protegida proyectando nuestra culpa y culpando al mundo por nuestro miserable estado. La presente decisión de elegir contra el Espíritu Santo y en favor del ego da lugar a nuestra identificación con el cuerpo y sus leyes físicas y psicológicas. Aunque Freud comprendió bien las leyes de la culpa, la represión y la proyección, no reconoció que no somos víctimas de estas leyes. Es solo la decisión en curso de la mente la que les da poder sobre nosotros. El problema (y la solución) están siempre en el presente, no en un pasado que ya desapareció y que nunca existió.

(I.5:1-2) El uso que el Espíritu Santo hace de la memoria no tiene nada que ver con el tiempo. El Espíritu Santo no la utiliza como un medio para conservar el pasado, sino como una manera de renunciar a él. El Espíritu Santo corrige nuestro uso lleno de pecado de la memoria, el cual refuerza el sistema de pensamiento de culpa y castigo del ego, liberándonos del pasado en el instante santo y permitiéndonos recordar el Presente Eterno.

(I.6) El tiempo, no obstante, no es más que otra fase de lo que no hace nada. Colabora estrecha-mente con todos los demás atributos con los que intentas mantener oculta la verdad acerca de ti mismo. El tiempo ni quita ni restituye. Sin embargo, lo utilizas de una manera extraña, como si el pasado hubiese causado el presente, y éste no fuese más que una consecuencia en la que no se puede hacer cambio alguno, toda vez que su causa ha desaparecido. Un cambio, no obstante, tiene que tener una causa duradera, pues, de otro modo, no perduraría. Es imposible poder cambiar nada en el presente si su causa se encuentra en el

pasado. Tal como usas la memoria, sólo el pasado está en ella, y así, no

es más que un modo de hacer que el pasado predomine sobre el ahora.

Aquí vemos nuevamente el uso inteligente del tiempo por parte del ego, un

medio principal de aprisionarnos en su sistema de pensamiento de pecado y

castigo, sin salida. Dado que el propósito lo es todo, el tiempo no es diferente de cualquiera de las otras defensas del ego (por ejemplo, enfermedad, ataque, placer o lástima) en el sentido de que todas son medios

para mantenernos atrapados en cuerpos sin mente, incapaces de elegir la

Expiación de la mente. En las manos del ego, el tiempo es una defensa particularmente potente, la cual establece que el pasado es la causa del

presente y la legítima fuente de nuestras preocupaciones futuras.

Dado que

el pasado contiene la semilla de nuestros problemas, pero ya ha desaparecido, es imposible deshacer una causa que ya no está presente.

Dentro de este sistema de pensamiento cerrado no hay esperanza de deshacer los efectos dolorosos, excepto elegir otra Causa o Maestro:

(I.7) Olvídate de todo lo que te has enseñado a ti mismo, pues no fuiste

un buen maestro. ¿Y quién querría conservar en su mente una lección absurda, cuando puede aprender y retener una mejor? Cuando memorias de viejos rencores vengan a rondarte, recuerda que su causa

ya desapareció. Por lo tanto, no puedes entender cuál es su propósito.

No permitas que la causa que quieres atribuirles ahora sea la misma que hizo que fuesen lo que fueron o parecieron ser. Alégrate de que su causa haya desaparecido, pues de ello es de lo que se te perdona. Y contempla, en cambio, los nuevos efectos de una causa que se acepta ahora y cuyas consecuencias se encuentran aquí. Su hermosura te sorprenderá. Las nuevas ideas de antaño que traen consigo, serán las felices consecuencias de una Causa tan ancestral que excede con mucho

el lapso de memoria que tu percepción ve.

Al pedir otro Maestro reconocemos que el nuestro nos ha engañado.
Como
no hay pasado, no hay ningún pecado, por lo cual, los efectos del
pecado,
un mundo de sufrimiento y muerte, tampoco existen. Solo en el mundo
de
los sueños de la separación son reales, siendo los efectos de una causa
ilusoria que ha desaparecido. Sin embargo, Dios es nuestra Causa, y al
ser
Su Efecto no podemos sufrir, porque las ilusiones no tienen ningún
efecto
sobre la realidad. Nuestro despertar a esta verdad se acelera pidiendo
la
ayuda del Espíritu Santo para perdonar la proyección de un pasado
ilusorio.
Al demostrarles a los demás que sus aparentes pecados no han tenido
ningún efecto sobre nuestro amor, experimentamos una paz más allá
de
nuestros sueños: el efecto de la decisión por la mentalidad-correcta
que es
el requisito previo para recordar nuestra verdadera Causa y Su
verdadero
Efecto, el Cristo que es nuestro Ser.
(I.8) Ésta es la Causa que el Espíritu Santo ha recordado por ti, cuando
tú la habrías olvidado. No es una causa pasada porque Él jamás
permitió que no se recordase. Nunca ha cambiado porque en ningún
momento dejó Él de mantenerla a salvo en tu mente. Sus
consecuencias
te parecerán cierta-mente nuevas porque pensaste que no recordabas
su Causa. Mas nunca estuvo ausente de tu mente, pues no era la
Voluntad de tu Padre que Su Hijo no lo recordase.
Hemos visto que el Espíritu Santo es el recuerdo de nuestra Causa que
llevamos con nosotros al sueño. A pesar de los intentos del ego de
enterrarlo, Su Amor nunca ha abandonado la mente y somos libres de
recordarlo en cualquier momento y de recordar Su mensaje: el Hijo de
Dios
no abandonó a su Padre y permanece para siempre como Su Efecto,
uno
con Aquel Que es su Fuente.
(I.9:1-2) Lo que tú recuerdas nunca sucedió, pues procedió de una

ausencia de causa, que tú pensaste que era una causa.
En lugar de recordar a Dios, recordamos la separación, que "procedió de una ausencia de causa" porque el ego es nada. Viniendo de la nada, la separación también debe ser nada, por lo que no puede ser una causa de algo real. Sin embargo, persistimos en confundirla con una causa que tiene efectos reales, negando así al Dios Que es nuestra verdadera Causa, y a nosotros mismos, Su verdadero Efecto.

(1.9:3) Cuando te des cuenta de que has estado recordando consecuencias que carecen de causa y de que, por lo tanto, jamás pudieron haber tenido efectos, no podrás por menos que reírte. Esto sigue al final del Capítulo 27, donde a pesar de que Jesús nos instó a reírnos de la diminuta y alocada idea de la separación, seguimos recordando un pasado pecaminoso en el que fuimos maltratados, reforzando el sistema de pensamiento de victimización lleno de odio. Sin embargo, esto es cierto sólo en el sueño sin causa de la separación. Para repetir un punto que se menciona a menudo, estas palabras no tendrán sentido a menos que nos elevemos por encima del campo de batalla de nuestra experiencia diaria y aprendamos de Jesús a desapegarnos del ego y a mirar nuestras vidas – pasadas, presentes y futuras – para que podamos entender cómo la creencia en el tiempo lineal respalda nuestra identificación corporal (es decir, con el ego). La vida aquí será más fácil porque habremos deshecho la necesidad del ego para pagar el precio dolorosamente alto de la culpa. Mirar sin juzgar el sistema de pensamiento de la separación nos permite recordar la irrealidad del pecado y el sueño que es el mundo. Aunque las formas

pueden no cambiar para mejor, nuestras experiencias serán más ligeras
porque habremos reconocido que los sueños no tienen ningún efecto cuando respondemos a la diminuta y alocada idea con la suave risa del Espíritu Santo, en lugar de los pensamientos serios del ego sobre el pecado, la culpa y el miedo.

(I.9:4-10) El milagro te recuerda una Causa que está eternamente presente y que es inmune al tiempo y a cualquier interferencia. Dicha Causa nunca ha dejado de ser lo que es. Y tú eres Su efecto, tan inmutable y perfecto como Ella Misma. Su recuerdo no se encuentra en el pasado, ni aguarda al futuro. Tampoco se revela en los milagros. Éstos no hacen sino recordarte que esa Causa no ha desaparecido. Cuando le perdonas tus propios pecados, dejarás de negarla. El milagro no hace nada más que desvelar la estrategia del ego para que la veamos como lo que es. Apoyado por la Expiación, recordamos que el pensamiento de cambio del ego no tuvo ningún efecto sobre nuestra Inmutable Causa. Sin embargo, en la medida en que no queramos que se levante el velo, encontraremos este curso amenazador y lo atacaremos – directamente (odio especial) o indirectamente (amor especial) – no siendo diferente de lo que el mundo ha hecho con Jesús y su mensaje sanador de perdón.

(I.11) El milagro llega silenciosamente a la mente que se detiene por un instante y se sumerge en la quietud. Se extiende dulcemente desde ese momento de quietud, y desde la mente a la que en dicha quietud sanó, hasta otras mentes para que compartan su quietud. Y éstas se unirán en su contenido de no hacer nada que impida el retorno de la radiante extensión del milagro a la Mente que dio origen a todas las mentes. Puesto que el milagro nació como resultado de un acto de compartir, no puede haber ninguna pausa en el tiempo que pueda hacer que el milagro se demore en llegar cuanto antes a las mentes perturbadas,

para brindarles un momento de quietud en el que el recuerdo de Dios pueda retornar a ellas. Lo que creían recordar se acalla ahora, y lo que ha venido a ocupar su lugar no se olvidará completamente después. Cuando, siguiendo conscientemente el camino del milagro, elegimos silenciar el ego y escuchar al Espíritu Santo, haciéndolo para toda la Filiación, ya que es una. La extensión del milagro es solo la aceptación de

la mente de su unidad inherente y la negación de su estado separado como

un cuerpo fragmentado. Felizmente, el Hijo olvida el pecado que había recordado y recuerda la inocencia que pronto estará más allá de la memoria,

siendo su único Pensamiento. Nuestro olvido y recuerdo ocurren en el instante santo, el lugar de la curación de la mente atemporal y no-espacial.

A partir de ahí nuestra tranquila aceptación de la verdad reverbera a lo largo

de la Filiación, llamando al Hijo fragmentado a su unidad inherente.

(I.13:1) ¡Cuán rápidamente aflora el recuerdo de Dios en la mente que no tiene ningún temor que la mantenga alejada de dicho recuerdo!

Así como el perdón devuelve el recuerdo de Dios a nuestras mentes dormidas, el miedo a despertar nos lleva a retener nuestros resentimientos.

Jesús nos ayuda a comprender nuestra resistencia a elegir que ese recuerdo

vuelva a la conciencia. Sin embargo, la voluntad de recordar es todo lo que

necesitamos para restaurarlo, porque esa voluntad comienza el proceso de

curación cuyo "desenlace final es tan inevitable como Dios" (T-2.III.3:10).

(I.13:2-4) Lo que dicha mente ha estado recordando desaparece. Ya no hay pasado que con su imagen tenebrosa impida el feliz despertar de la

mente a la paz presente. Las trompetas de la eternidad resuenan por toda la quietud, mas no la perturban.

Este es un uso interesante del símbolo. Las trompetas suenan fuertes, pero

Jesús nos dice que las trompetas de la eternidad "resuenan por toda la

quietud, mas no la perturban". Son ruidosas solo en el sentido de que el mensaje de la Expiación es claro e inconfundible, una claridad que deshace el miedo que parecía aislar en el pecado el recuerdo del verdadero Hijo de Dios.

(I.13:5-6) Y lo que ahora se recuerda es la Causa, no el miedo, el cual se

inventó con vistas a anular aquella y mantenerla en el olvido. La quietud habla con suaves murmullos de amor que el Hijo de Dios recuerda de antaño, antes de que su propio recuerdo se interpusiese entre el presente y el pasado, para hacerlos inaudibles.

Aquí nuevamente vemos el uso implícito del propósito. El propósito del miedo es mantener a Dios alejado, razón por la cual elegimos creer en el

mito del ego del pecado, la culpa y el miedo, y continuamos haciéndolo.

Nos decidimos por el ego excluyendo la Expiación, recordando así la separación en lugar de la unión, un recuerdo que salvaguarda a nuestro yo

especial. Pero en la quietud de la presencia de Jesús recordamos lentamente

la Causa que siempre fue, y olvidamos la causa que nunca existió. Al final,

nuestra atracción por los suaves murmullos del amor es mucho más convincente que las duras disonancias de la guerra y el conflicto.

(I.14) Ahora el Hijo de Dios se ha vuelto por fin consciente de una Causa presente y de Sus benévolos efectos. Ahora comprende que lo que él ha hecho carece de causa y que no tiene efectos de ninguna clase.

Él no ha hecho nada. Y al reconocer esto, se da cuenta de que nunca ha

tenido necesidad de hacer nada, y de que nunca la tuvo. Su Causa es Sus Efectos. Jamás hubo otra causa aparte de Ella que pudiese generar un pasado o un futuro diferente. Sus Efectos son por siempre inmutables y se encuentran enteramente más allá del miedo y del mundo del pecado.

Habiendo elegido la visión de Cristo en lugar del juicio del ego, hemos

disuelto el sistema de pensamiento de separación y pecado y permitimos

que el recuerdo de Dios, nuestra Causa, se hiciera consciente.

Recordamos

que somos Su Efecto eterno, en armonía con Su Voluntad y Amor, y olvidamos una causa y efecto que nunca fueron, ni jamás podrían ser, excepto en sueños.

(I.15) ¿Qué se ha perdido por dejar de ver lo que carece de causa? ¿Y dónde está el sacrificio, una vez que el recuerdo de Dios ha venido a ocupar el lugar que antes ocupaba la pérdida? ¿Qué mejor modo hay de cerrar la diminuta brecha entre las ilusiones y la realidad, que dejar que el recuerdo de Dios fluya a través suyo, y la convierta en un puente

en el que sólo un instante es suficiente para transponerla? Pues Dios la ha cerrado Consigo Mismo. Su recuerdo no ha desaparecido, ni ha dejado al Hijo encallado para siempre en una costa desde donde puede divisar otra a la que nunca podrá llegar. Su Padre ha dispuesto que él sea elevado y llevado dulcemente hasta ella. Él ha construido el puente,

y es Él Quien transportará a Su Hijo a través de él. No temas que Él vaya a dejar de hacer lo que es su Voluntad, ni que vayas a ser excluido

de lo que Ésta dispone para ti.

Sin haber existido nunca, la pseudo causa y el pseudo efecto del ego, simplemente desaparecen en su nada. Entonces, ¿cómo podría haber una

sensación de pérdida o sacrificio? En su lugar surge el recuerdo de Dios,

traído a la conciencia a través de nuestro perdón; su suave curación que nos

lleva de regreso a donde nuestro Ser espera suavemente, despertándonos de

un sueño que no soñamos y ayudándonos a recordar el Amor que nos creó

como uno con Él, tal como somos uno dentro del Cristo. Se cumple la Voluntad de Dios, siendo para siempre lo que para siempre es: una Unicidad

unida cual Una sola.

Volvemos a "La inversión de efecto y causa":

(II.4:1) En realidad no ha ocurrido nada, excepto que te quedaste

dormido y tuviste un sueño en el que eras un extraño para ti mismo y tan sólo una parte del sueño de otro.

En esta frase, Jesús descarta a toda la civilización y también a nuestras vidas individuales. Como la vida aquí es solo un sueño, es nada.

Fomentando la ilusión de que la vida es algo, creemos que somos un efecto

del sueño de otra persona: padres que nos dieron a luz, un país que pronuncia leyes que gobiernan nuestro comportamiento, un Dios Que creó

nuestros cuerpos.

(II.4:2-3) El milagro no te despierta, sino que simplemente te muestra quien es el soñador. Te enseña que mientras estés dormido puedes elegir entre diferentes sueños, dependiendo del propósito que le hayas adscrito a tu soñar.

El arco en el gráfico nos muestra que el milagro nos lleva de regreso al soñador/tomador de decisiones. Nos enseña que tenemos una elección entre

las pesadillas de odio, juicio y dolor del ego, y los sueños felices de perdón

del Espíritu Santo que acaban con el sueño de la separación. Cuál experimentamos depende de nuestro propósito: dormir o despertar.

(II.4:4-5) ¿Deseas sueños de curación o sueños de muerte? Un sueño es

como una memoria, en el sentido que te presenta las imágenes que quieres que se te muestren.

El mundo es “el cuadro externo de un deseo” (T-24.VII.8:10); lo que percibimos, lo hacemos real y reaccionamos para expresar un deseo interno

del que no somos conscientes. El milagro trae esto a la conciencia para que

nuestras mentes puedan elegir entre la cordura de la Expiación del Espíritu

Santo y la locura de separación del ego.

(II.5) Todos tus retazos de memorias y sueños se conservan en un almacén vacío, cuyas puertas están abiertas de par en par. Pero si tú eres el soñador, puedes percibir cuando menos esto: que tú eres el causante del sueño, y, por lo tanto, que puedes aceptar otro sueño.

Pero

para que este cambio en el contenido del sueño tenga lugar, es esencial

que te des cuenta de que fuiste tú quien soñó el sueño que no te gusta.

Pues no es otra cosa que un efecto que tú causaste, y del que ya no quieres ser la causa. Cuando los sueños son de asesinato y ataque, tú eres la víctima en un cuerpo moribundo que ha sido herido. Pero cuando los sueños son de perdón, a nadie se le pide ser la víctima o el que padece. Éstos son los felices sueños que el milagro te ofrece a cambio de los tuyos. No te pide que concibas otro sueño, sino sólo que te des cuenta de que inventaste el que quieres intercambiar por los de perdón.

Una vez más, el tú al que se dirige Jesús es al tomador de decisiones.

El

propósito de su curso es devolver nuestra atención a la mente para que

podamos ver nuestra decisión errónea. Una vez que elegimos el ego, cerramos la puerta a la mente correcta con la culpa, y luego cerramos la

puerta a la mente con el mundo, asegurándonos de que esto nunca se vuelva

consciente y elijamos de nuevo. Es por eso que mirar es un tema muy destacado en nuestra sinfonía, y por qué el milagro da nombre al título del

Curso. Abre las puertas cerradas y nos permite mirar y no hacer nada más.

Para repetir este importante punto, el milagro no nos pide que cambiemos

los sueños o el comportamiento, sino simplemente que observemos lo que

hacemos para que podamos reconocer el poder de decisión de la mente.

Observar sin juzgar nuestro especialismo – la necesidad de placer y evitación del dolor – expone la locura de haber elegido a un maestro demente. Esto es lo que nos permite elegir otro.

Además, el milagro nos ayuda a darnos cuenta de que, si estamos enojados,

con dolor o molestos por cualquier motivo, eso es lo que querían nuestras

mentes erradas. Recuerda la frase del capítulo anterior: “El secreto de la

salvación no es sino éste: que eres tú el que se está haciendo todo esto a sí mismo" (T-27.VIII.10:1). Aquí leemos: "[El milagro] no te pide que concibas otro sueño; sino sólo que te des cuenta de que inventaste el que quieres intercambiar por los de perdón". El milagro del perdón es un proceso suave de mirar hacia donde nos habíamos olvidado de mirar antes, y ver que podemos hacer una elección significativa sin juzgarnos a nosotros mismos (o a los demás) por los errores pasados. (II.6:1) Este mundo carece de causa, al igual que todos los sueños que nadie haya tenido jamás en él. El mundo no tiene causa porque la separación ya ha sido deshecha, y nunca sucedió. La separación no puede ser una causa, y ni siquiera existir si no tiene efectos – las ilusiones solo pueden engendrar ilusiones. (II.6:2-5) Ningún plan es posible en él, ni hay nada que sea comprensible. ¿Qué otra cosa se puede esperar de lo que no tiene causa? Sin embargo, si no tiene causa, tampoco tiene propósito. Puedes ser el causante de un sueño, pero jamás podrás hacer que sus efectos sean reales. Aunque dentro del sueño somos libres de soñar lo que deseemos, no tenemos poder para convertir lo que deseemos en realidad. Podemos creer que estamos separados y que el mundo es real, pero la Expiación nos enseña que nuestra creencia no hace que sea real. Al descartar cualquier diseño inteligente (es decir, divino) para el mundo, Jesús responde a aquellos que profesan esta teoría para la creación del mundo. (II.6:6-8) Pues ello cambiaría su causa, y eso es precisamente lo que no puedes hacer. El soñador de un sueño no está despierto ni sabe que duerme. En sus sueños tiene fantasías de estar enfermo o sano, deprimido o feliz, pero sin una causa estable con efectos garantizados. No somos conscientes de que soñamos debido al velo con el que el ego cubrió nuestras mentes. Creer que estamos aquí no es diferente de cuando dormimos por la noche y experimentamos nuestros sueños como la

realidad. Las excepciones son esos soñadores lúcidos que saben que están soñando mientras duermen, y este es el objetivo intermedio de Jesús para nosotros: tomar conciencia de que la vida aquí es un sueño, incluso cuando parece que vivimos aquí. No necesitamos cambiar el mundo de los sueños (el efecto), sino solo la mente que sueña tal mundo (la causa) (T-21.in.1:7).

Ahora esta muy importante línea:

(II.7:1) El milagro establece que estás teniendo un sueño y que su contenido no es real.

Ésta es la suma y substancia de Un Curso de Milagros. Nuestra sinfonía se

puede reducir a esta sucinta declaración, la razón por la que no hay jerarquía de ilusiones ni grados de dificultad en los milagros. El mundo es

un sueño, y su fundamento en el sistema de pensamiento de la separación

(pecado, culpa y miedo) es irreal, siendo solo una defensa contra la verdad.

(II.7:2-3) Éste es un paso crucial a la hora de lidiar con ilusiones. Nadie tiene miedo de ellas cuando se da cuenta de que fue él mismo quien las inventó.

Aunque podamos tener una pesadilla y estar aterrorizados mientras dormimos, el miedo desaparece cuando nos despertamos porque estaba

basado en una ilusión. Si pensamos que el sueño es real, inevitablemente

tendremos miedo, y es por eso que necesitamos el milagro para enseñarnos

que la aparente realidad del mundo del ego se encuentra en el deseo de la

mentalidad-errada de que la separación sea real.

(II.7:4-12) Lo que mantenía vivo al miedo era que él no veía que él mismo era el autor del sueño y no una de sus figuras. Él se causa a sí mismo lo que sueña que le causó a su hermano. Y esto es todo lo que el

sueño ha hecho y lo que le ha ofrecido para mostrarle que sus deseos se

han cumplido. Y así, él teme su propio ataque, pero lo ve venir de la mano de otro. Como víctima que es, sufre por razón de los efectos del ataque, pero no por razón de su causa. No es el autor de su propio ataque, y es inocente de lo que ha causado. El milagro no hace sino mostrarle que él no ha hecho nada. De lo que tiene miedo es de una causa que carece de los efectos que habrían hecho de ella una causa. Por lo tanto, nunca lo fue.

Permanecemos en un estado de temor ya que no podemos deshacer su

causa. Mientras percibamos los objetos de nuestro miedo como externos,

nunca se podrán deshacer. Tan pronto como eliminamos la aparente fuente

de miedo en el mundo, el miedo inconsciente de la mente se proyectará en

otra forma, y en otra, y en otra. La experiencia del miedo es interminable

porque su verdadera causa no ha desaparecido. No nos damos cuenta de que

la causa de todo miedo radica en la decisión de la mente por el ego, la creencia de que nuestro ataque a Dios ha tenido efectos reales -

nuestro

castigo. Este castigo por el pecado se ve como proveniente de afuera, no por

su simple causa que es el único error de la mente. El problema, por lo tanto,

nunca reside en el sueño de pecado y castigo, ataque y dolor, sino en el

hecho de que lo estamos soñando. Es más, no solo el sueño en sí mismo no

existe, nuestro papel como soñadores tampoco existe: la Unidad perfecta no

puede caer dormida, y mucho menos soñar con la separación; el miedo y el

sufrimiento no tienen causa, lo que significa que el soñar de la mente no

existe.

(II.9:3) El milagro es el primer paso en el proceso de devolverle a la

causa la función de ser causa y no efecto.

La causa es la mente y el milagro le devuelve su función causal. Jesús nos

está enseñando cómo el milagro invierte la inversión de efecto y causa, y

restaura su perspectiva adecuada: el mundo de los cuerpos es el efecto, y el

yo separado de la mente es la causa, quien elige los sueños de especialismo

que desea y aprecia.

(II.9:4-5) Pues esta confusión ha dado lugar al sueño, y mientras no se resuelva, despertar seguirá siendo algo temible. Y la llamada a despertar no será oída, pues parecerá ser la llamada al temor.

Mientras nos identifiquemos con un yo especial, crearemos que el llamado

de la Expiación es la más grave amenaza para nuestra existencia, porque en

su suave presencia el yo separado desaparecería. De hecho, nuestro miedo a

la disolución exige que hagamos cualquier cosa para no escuchar su suave

llamada, incluso inventar un mundo decadente de odio en el que escondernos.

(II.10) Al igual que todas las lecciones que el Espíritu Santo te pide que aprendas, el milagro es inequívoco. El milagro es la demostración de lo que Él quiere que aprendas, y te enseña que lo que te interesa son sus efectos. En Sus sueños de perdón, los efectos de tus sueños quedan deshechos, y aquellos que eran tus enemigos acérrimos se perciben ahora

como amigos que te desean el bien. Ahora se ve que vuestra enemistad

jamás tuvo causa, puesto que ellos no la causaron. Y puedes aceptar que fuiste tú el autor de su odio porque te das cuenta de que no tiene efectos. Te has liberado del sueño lo suficiente como para darte cuenta de que el mundo es neutral y de que no es necesario tener miedo de los

cuerpos que parecen moverse por él como entes separados. Por lo tanto, no están enfermos.

El milagro no es el final del viaje, pero es necesario para completarlo. Nos

libera del pensamiento loco de que el cuerpo es la causa de la mente,
y de
que el mundo es el determinante de nuestra experiencia. Eso deshace
la
estratagema del ego de invertir el efecto y la causa, devolviéndolos a
su
lugar apropiado: la mente es la causa del cuerpo, el cual es su efecto.
Elegir
el milagro nos permite darnos cuenta de que nuestros sentimientos de
ataque y juicio son elegidos por la mente, buscando objetos -
pecadores que
merecen castigo - sobre los que pueda proyectar su juicio oculto de sí
misma. Esta comprensión trae al "enemigo" de vuelta al interior donde
finalmente se puede elegir en contra, deshaciendo la percepción
errónea de
que otro merece nuestro odio. Habiendo adquirido la mentalidad-
correcta,
miramos hacia afuera y no vemos enemigos, solo "amigos que te
desean el
bien". Como el libro de ejercicios dice: "Y lo verás [a tu hermano]
cambiar
súbitamente de enemigo a salvador; de demonio al Cristo" (L-
pl.161.12:6).
Con la carga de la culpa y el miedo levantada de sus cansados
hombros, el
mundo de la enfermedad se vuelve neutral. Nuestro haber corregido el
error
de separación permite que la verdad de la Unidad de Cristo se refleje
en
nuestra percepción sanada de los intereses compartidos.
(II.11:1-2) El milagro te devuelve la causa del miedo a ti que lo
inventaste. Pero también te muestra, que, al no tener efectos, no es
realmente una causa porque la función de lo causativo es producir
efectos.
No nos asusta nada externo, sino solo la decisión de la mente de ser
un ego,
la cual establece el miedo como causal y real. El Espíritu Santo le da la
vuelta al ego enseñándole la Expiación: si no hay causa porque la
separación es una ilusión, no puede haber efectos; sin su aparente
causa, no

hay un mundo que temer.

(II.11:3-7) Y allí donde los efectos han desaparecido, no hay causa. De este modo, el cuerpo se cura gracias a los milagros, ya que éstos demuestran que la mente inventó la enfermedad y que utilizó al cuerpo

para ser la víctima, o el efecto, de lo que ella inventó. Mas la mitad de la lección no es toda la lección. El milagro no tiene ninguna utilidad si lo único que aprendes es que el cuerpo se puede curar, pues no es ésta

la lección que se le encomendó enseñar. La lección que se le encomendó

enseñar es que lo que estaba enfermo era la mente que pensó que el cuerpo podía enfermar. Proyectar su culpabilidad no causó nada ni tuvo efectos.

Dado que el cuerpo no se puede curar porque no puede estar enfermo, el

significado de Jesús es que lo que se cura es el propósito de la mentalidad errada de la mente para el cuerpo. Solo la mente puede ser curada porque

solo la mente está enferma y las apariencias del cuerpo son irrelevantes.

Todavía estamos tentados a mirar al cuerpo como prueba de curación. Si

alguien tiene síntomas físicos, llegamos a la conclusión de que la persona

no está sana. Sin embargo, la curación depende sólo del propósito dado a

los síntomas. El propósito de la culpa (la causa) enferma el cuerpo, el cual

no tiene nada que ver con el cuerpo mismo (el efecto). El propósito de la

mentalidad-correcta ve el cuerpo como un medio para restaurar la conciencia de la capacidad de la mente para tomar decisiones y así elegir

entre la ausencia de la mente y la plenitud de la mente; la primera nos mantiene dormidos cuando proyectamos la culpa, la segunda nos despierta a

través del milagro.

(II.12:1) Este mundo está repleto de milagros.

Si esta línea se saca de contexto, puede parecer que sugiere que el mundo está lleno de milagros externos, lo que le daría al mundo separado una realidad que no tiene (las ideas no abandonan su fuente). El mundo, sin embargo, está lleno de milagros cuando refleja el propósito de la mentalidad-correcta de poner fin al sueño de separación y especialismo.

(II.12:2-7) Se alzan en radiante silencio junto a cada sueño de dolor y sufrimiento, de pecado y de culpabilidad. Representan la alternativa al sueño, la elección de ser el soñador, en vez de negar el papel activo que has desempeñado en la fabricación del sueño. Los milagros son los felices efectos de devolver la enfermedad – la consecuencia – a su causa.

El cuerpo se libera porque la mente reconoce lo siguiente: “Nadie me está haciendo esto a mí, sino que soy yo quien me lo estoy haciendo a mí

mismo”. Y así, la mente queda libre para llevar a cabo otra elección. A partir de ahí, la salvación procederá a cambiar el rumbo de cada paso que jamás se haya dado en el descenso hacia la separación, hasta que lo

andado se haya desandado, la escalera haya desaparecido y todos los sueños del mundo hayan sido des-hechos.

El mundo fue fabricado para negar el poder de la mente como soñador, dejándonos como cuerpos en el fondo de la escalera del ego donde la causa

y el efecto se han separado e invertido. Creemos que somos víctimas de

todo lo que pasa a nuestro alrededor, negando el secreto de la salvación: yo

me estoy haciendo todo esto a mí mismo (T-27.VIII.10:1). Cuando podamos decirle a Jesús: "Nuestros caminos no funcionan y debe haber otro

maestro que nos guíe" él puede enseñarnos que este es nuestro sueño. Aprendemos que mientras nuestras mentes se sientan empobrecidas, injustamente tratadas, y solas, cumplimos el deseo secreto del ego de perpetuar nuestra existencia separada, sin aceptar ninguna responsabilidad

por ello. El milagro, no elige por nosotros, sino que ilumina la decisión en favor de la mentalidad-correcta que podemos hacer. Ver esto nos ayuda a ascender por la escalera que la separación nos hizo descender. (III.1: 1-5) Lo que espera en perfecta certeza más allá de la salvación no nos concierne ahora, pues apenas has empezado a dejar que se te guíe en tus primeros e inciertos pasos de ascenso por la escalera que la separación nos hizo descender. El milagro es lo único que debe concernirte ahora. Éste es nuestro punto de partida. Y habiendo comenzado, el camino de ascenso hacia el despertar y el final del sueño quedará libre y despejado. Una vez más, Jesús nos pide que no asumamos una función que es suya y no nuestra. Solo pide que miremos a nuestros egos sin juicio. Esta es la elección por el milagro que coloca nuestros pies firmemente en la escalera que invierte la proyección y nos lleva a casa. Lo que se extiende desde la decisión por la mentalidad-correcta de la mente no es de nuestra incumbencia, ya que inevitablemente conduce a la confusión de causa y efecto, contenido y forma, mente y cuerpo. Hemos visto que nuestra tarea no es ir en busca del amor, sino simplemente buscar y encontrar todas las barreras dentro de nosotros que hemos levantado entre nosotros y el amor (T-16.IV.6:1). A medida que disminuye nuestra inversión en el ego, el camino se vuelve más fácil, porque nuestra elección por Jesús como nuestro maestro se ve fuertemente reforzada. (III.1:5-6) Cuando aceptas un milagro, no añades tu sueño de miedo a uno que ya está siendo soñado. Sin apoyo, el sueño se desvanecerá junto con todos sus aparentes efectos, pues es tu apoyo lo que lo refuerza. Se nos recuerda que el problema no es el ego o sus febriles sueños de odio,

sino nuestra fe en ellos. Cuando retiramos esta creencia, simplemente se desvanecen. El poder de los sueños reside en la mente tomadora de decisiones, no en el sueño en sí. Y a pesar de nuestra elección de creer en ilusiones, no podemos hacer que ellas sean reales o cambien la Mente de Dios acerca de Su Hijo.

(III.2) Ninguna mente puede estar enferma a menos que otra mente esté de acuerdo en que están separadas. Por lo tanto, su decisión conjunta es estar enfermas. Si te niegas a dar tu conformidad y aceptas el papel que juegas en hacer que la enfermedad sea real, la otra mente no podrá proyectar su culpabilidad, ya que no has colaborado en dejar que se perciba a sí misma como separada y aparte de ti. De este modo, ninguna de las dos percibe el cuerpo como enfermo desde diferentes puntos de vista. Unirte a la mente de un hermano bloquea la causa de la enfermedad y sus percibidos efectos. La curación es el efecto de mentes que se unen, tal como la enfermedad es la consecuencia de mentes que se separan.

Este pasaje sólo tiene sentido cuando recordamos que la enfermedad es la creencia en la separación, una condición de la mente y no del cuerpo. Esto significa que se necesitan dos para enfermar: uno que lo elige otro que lo apoya. Es fundamental, una vez más, comprender que Dios no respondió a la separación, mucho menos a reconocerla. Si lo hubiera hecho, la habría hecho real (ver: la tercera ley del caos del ego [T-23.II.6]). Para reafirmar esto, si Dios se hubiera unido a nosotros en nuestra locura, la separación sería un hecho y no habría esperanzas de que se deshaga. El permanecer cuerdo ante la ilusión dio nacimiento a los principios de la Expiación (la

separación nunca sucedió) y de la curación (mientras se necesitan dos para establecer una enfermedad, se necesita uno para efectuar una curación).

Estos se reflejan en el sueño en nuestro mirar más allá de la apariencia del cuerpo a la decisión de la mente. Al hacerlo, entregamos el mensaje de Jesús de que elegir el ego es una opción por la ilusión, sin efecto sobre la verdad de su amor.

(III.5) La causa del dolor es la separación, no el cuerpo, el cual es sólo su efecto. Sin embargo, la separación no es más que un espacio vacío, que no contiene nada ni hace nada, y que es tan insubs-tancial como la

estela que los barcos dejan entre las olas al pasar. Dicho espacio se llena

con la misma rapidez con la que el agua se abalanza a cerrar la estela según las olas se unen. ¿Dónde está la estela que había entre las olas una vez que éstas se han unido y han llenado el espacio que por un momento parecía separarlas? ¿Dónde está la base de la enfermedad una vez que las mentes se han unido para cerrar la diminuta brecha que había entre ellas y en la que las semillas de la enfermedad parecían germinar?

Si miramos hacia la parte trasera de un barco mientras navega, vemos un

espacio entre las olas. Tan rápido como el barco pasa, sin embargo, las olas

se juntan y cierran la brecha, y esta desaparece. Asimismo, en el instante en

que la separación pareció suceder, el Espíritu Santo surgió dentro de la mente como el recuerdo que llevamos con nosotros al sueño, disolviendo su

núcleo: la enfermedad de la mente al elegir el ego. La Voluntad indivisa de

Dios estableció la irre realidad de la separación - la Mente de Dios no podría,

y no se ha vuelto contra Sí Misma - la cual se refleja en deshacer la aparente brecha entre nosotros y los demás cuando nos sumamos a la visión

de Jesús de la necesidad común que es compartida por todos los Hijos de Dios.

(III.6) Dios tiende el puente, pero sólo en el espacio que el milagro ha dejado libre y despejado. Mas Él no puede tender un puente sobre las semillas de la enfermedad y la vergüenza de la culpabilidad, pues no puede destruir una voluntad ajena que Él no creó. Deja que los efectos de ésta desaparezcan y no te aferres a ellos desesperadamente, tratando

de conservarlos. El milagro los hará a un lado, haciendo así sitio para Aquel Cuya Voluntad es venir y tender un puente para que Su Hijo regrese a Él.

Dios (o Su Espíritu Santo) no puede anular nuestra voluntad, ni imponer Su

verdad a una mente temerosa. Más bien, Su Amor llama a esta mente a no

abrazar más el sistema de pensamiento del pecado y el odio, el lugar de

nacimiento del yo encarnado que nace, vive un tiempo y muere. La elección

del milagro refleja nuestra decisión de identificarnos con un yo diferente,

que no juzga y es amable, y este cambio de mentalidad invita a Jesús a ser

nuestro maestro, y es el requisito previo para el regreso a casa.

"La unión mayor", la siguiente sección que se examinará, enseña que la

verdadera unión está solo en el nivel de la mente, y que no tiene nada que

ver con el cuerpo en absoluto. En última instancia, la unión mayor es la de

nuestro ser con el Espíritu Santo, detrás del cual está nuestro reencuentro

con el Ser que nunca abandonamos.

(IV.1:1) Aceptar la Expiación para ti mismo significa no prestar apoyo a los sueños de enfermedad y muerte de nadie.

No se puede afirmar con suficiente frecuencia que Jesús no está hablando

de comportamiento. Su mensaje es solo que la mente no debe hacer que la

enfermedad o la muerte de otros sean reales, lo que significa que nuestras mentes no se ven afectadas por los sueños corporales. Esta respuesta de la mentalidad-correcta al sufrimiento demuestra la alternativa a los sueños de dolor. Al elegir aceptar la Expiación, negamos la realidad de la separación. Recuerda la discusión anterior de que la separación es ilusoria porque se necesitan dos para establecerla, y Dios nunca participó de lo que nunca sucedió. De hecho, el Padre ni siquiera sabe acerca de la ilusión porque nunca compartió la locura de Su Hijo. Tomándolo a Él como nuestro modelo, no tenemos que compartir los delirios de enfermedad de otros. Esto nos libera para amar en cualquier forma que se pueda aceptar sin miedo. No proclamamos la metafísica del Curso ni hacemos que los enfermos se sientan culpables porque no se sienten bien o necesitan atención médica. Más bien, nuestra amabilidad les ayuda al nivel que pueden aceptar en ese momento. Esta dulzura del instante santo, en el que nuestras mentes no cargan con la ilusión de la separación y la enfermedad, sólo es posible cuando realmente sabemos que el mundo es un sueño. (IV.1:2-5) Significa que no compartes con ningún individuo su deseo de estar separado ni dejas que vuelque sus ilusiones contra sí mismo. Tampoco deseas que éstas se vuelquen contra ti. De este modo, no tienen ningún efecto. Y te liberas de los sueños de dolor porque permites que él se libere de ellos. Siempre debemos recordar que el dolor no es del cuerpo. Allí se experimenta, y de manera convincente, pero como el cuerpo es nada, el dolor es simplemente un efecto que nunca ha abandonado su fuente en la mente. Demostramos esta verdad curativa cuando no le damos al sueño de otro ningún poder para afectar nuestra paz.

(IV.1:6-10) A menos que lo ayudes, sufrirás con él, ya que ése es tu deseo. Y te convertirás en un protagonista en su sueño de dolor, tal como él lo es en el tuyo. De este modo, los dos os convertís en ilusiones

sin ninguna identidad. Tú puedes ser cualquier persona o cualquier cosa, según de quien sea el sueño de maldad que compartas. Pero de una cosa puedes estar seguro: que eres perverso, pues compartes sueños de miedo.

El dolor es la elección de estar separados. Siempre que rechazamos el amor,

o cualquiera de sus símbolos, el sufrimiento es inevitable. El propósito del

milagro es devolver el dolor a su origen en la decisión de la mente de excluir a Dios y a Su Hijo, la fuente de todo el mal y el sufrimiento percibidos. Cuando nos separamos de otro en la relación especial, ello nos

recuerda dolorosamente este intento original de excluir al amor.

Nuestra

culpa reforzada surge como una identidad compartida de maldad y miedo,

reforzada por el dolor, y todo ello oculta nuestra verdadera Identidad como

Cristo, el inocente Hijo de Dios.

(IV.2) Hay un modo de encontrar certeza aquí y ahora. Niégate a ser parte de ningún sueño de miedo, sea cual sea su forma, pues si lo haces

perderás tu identidad en ellos. La manera de encontrarte a ti mismo es negándote a aceptar tales sueños como tu causa, o como que tienen efectos en ti. Tú no tienes nada que ver con ellos, pero sí con aquel que los sueña. De esta manera, separas al soñador del sueño, al unirte a uno

y abandonar el otro. El sueño no es más que una ilusión de la mente. Y a esta te puedes unir, pero jamás al sueño. Es del sueño de lo que tienes

miedo, no de la mente. Sin embargo, los ves como si fuesen lo mismo porque crees que tú no eres más que un sueño. Y no sabes lo que es real

acerca de ti o lo que es ilusorio, ni puedes distinguir entre lo uno y lo otro.

Recuerda: “Nada es tan cegador como la percepción de la forma” (T22.III.6:7). Nada en el mundo perceptivo de los sueños debe ser creído, porque denotan separación, la ilusión fundamental. La gran seducción del mundo es hacer realidad sus sueños de especialismo, ya sea a través del apego, el desapego o el ataque. El único propósito del mundo es distraernos de la mente soñadora que puede elegir despertar en un instante y terminar el sueño. Percibir la igualdad de los separados Hijos de Dios es imposible si el sueño de los cuerpos tiene el poder de afectarnos, pero es inevitable cuando la mente elige al Espíritu Santo como su Maestro. Cuando reconocemos que nuestro tomador de decisiones es la causa de todos los sueños, y que nuestras vidas como cuerpos son simples efectos, nuestros ojos comienzan a abrirse a la verdad de quiénes somos: una mente dividida, común a todos los Hijos de Dios en el sueño; un solo Ser, el Cristo que Dios creó como Su Hijo unificado.

(IV.3:1-3) Al igual que tú, tu hermano cree que él es un sueño. No compartas con él su ilusión acerca de sí mismo, pues tu identidad depende de su realidad. Piensa en él más bien como una mente en la que todavía persisten las ilusiones, pero con la que tienes una relación fraternal.

Claramente somos lo mismo, compartiendo una mente: la Expiación del

Espíritu Santo y la creencia en la separación del ego que incluye su estrategia de ausencia de la mente. Si nos vemos a nosotros mismos como

cuerpos, separados el uno del otro, compartimos ilusiones y las hacemos

reales para ambos. Por otro lado, con Jesús a nuestro lado miramos más allá

de la apariencia de las sombras hacia la luz de la mente que nos recuerda que nuestra realidad brilla a través de las nubes del pecado, la culpa y el especialismo.

(IV.3:4) Lo que sueña no es lo que lo convierte en tu hermano, ni tampoco su cuerpo, el "héroe" del sueño, es tu hermano.

El "héroe" del sueño es el cuerpo (T-27.VIII). Lo que nos une como Hijo de

Dios no son los sueños del ego de cuerpos especiales que únicamente parecen unirse, sino la mente tomadora de decisiones en la que compartimos ilusiones o verdad, locura o razón.

(IV.3:5-7) Su realidad es lo que es tu hermano, de la misma manera en que tu realidad es lo que es hermano suyo. Tu mente y la suya están unidas en hermandad. Su cuerpo y sus sueños tan sólo aparentan abrir una diminuta brecha en la que tus sueños se han unido a los suyos.

La brecha es la danza de la muerte en la que nos invitamos suplicantes a

participar - "Únete a mí en la pista de baile: ámame, discute conmigo, aprovéchate de mí". Sea cual sea la forma, anhelamos socios en el pecado

para demostrar que el especialismo del ego es real y que no es culpa nuestra. Jesús nos pide que veamos cómo animamos a otros a jugar este

odioso juego de cuerpos que nos arraiga juntos en el sueño del que nunca

podremos despertar. Sin embargo, mirando a través de sus ojos, la mente es

capaz de elegir de nuevo y ver a nuestros hermanos como socios en la inocencia, no en la culpa.

(IV.4) Entre vuestras mentes, sin embargo, no hay ninguna brecha.

Unirte a sus sueños significa que no te unes a él, pues sus sueños lo separan de ti. Libéralo, por lo tanto, proclamando sencilla-mente tu hermandad con él y no con sueños de miedo. Ayúdale a que reconozca quien es, negándote a apoyar sus ilusiones con tu fe, pues si lo haces, no

podrás sino tener fe en las tuyas. Y al tener fe en las tuyas, él no podrá liberarse y tú quedarás atrapado en sus sueños. Y sueños de terror vendrán a rondar la diminuta brecha, la cual está poblada únicamente por las ilusiones que habéis apoyado en la mente del otro.

Como Hijos inocentes, no estamos separados por la brecha del ego, porque la mente es una. Sin embargo, nuestros egos continuamente nos llaman a reforzar el sueño a través del especialismo de la enfermedad y el odio. Al mismo tiempo, la Voz del Espíritu Santo nos llama a ver más allá de las figuras del sueño y a reunirnos con el soñador. Al escuchar esa llamada, la fortalecemos en los demás y esto nos libera a los dos. Si ponemos nuestra fe (el poder de decisión de la mente) en las ilusiones, sin embargo, invitamos al pecado y la culpa a acechar en nuestro interior, y a nuestras vidas a ser atormentadas por el miedo al castigo que hemos hecho realidad en nuestro sueño compartido. A medida que las mentes se unen, elegimos no solo para nosotros mismos, sino para la Filiación, permaneciendo en el Cielo o en el infierno, juntos, o no en absoluto.

(IV.5) Ten absoluta certeza de que si tú haces lo que te corresponde hacer, él hará lo que le corresponde hacer a él, pues se unirá a ti allí donde tú estés. No lo invites a unirse a ti en la brecha que hay entre vosotros, pues si lo haces, creerás que ésa es tu realidad así como la suya. Tú no puedes llevar a cabo su papel por él, más esto es precisamente lo que haces cuando te vuelves una figura pasiva en sus sueños, en vez del soñador de los tuyos. Tener una identidad carece de significado en los sueños porque el soñador y el sueño son lo mismo. El que comparte un sueño no puede sino ser el sueño que comparte porque el acto de compartir es lo que produce la causa.

Nuestros hermanos no pueden dejar de hacer su parte, como hicimos con la

nuestra, ya que las mentes son una. Sin embargo, el miedo a nuestro interés

compartido como mentes hace que dejemos el reino del soñador y establezcamos su residencia en el sueño. Buscamos continuamente participar en las pesadillas de juicio, sufrimiento y muerte de los demás,

reforzando el yo especial que valoramos por encima de todo. Es fundamental ver con qué entusiasmo cumplimos nuestra promesa de quedarnos dormidos, uniéndonos a los sueños de amor y odio que nos unen a una existencia de cuerpos sin mente y manteniendo la mente oculta e inaccesible al cambio.

(IV.6) Como consecuencia de compartir confusión estás confundido, pues en la brecha no existe un yo estable. Lo que es lo mismo parece diferente porque lo que es lo mismo aparenta ser algo distinto. Los sueños de tu hermano son los tuyos propios porque tú permites que lo sean. Mas si lo libras de tus sueños, él se liberaría de ellos, así como de los suyos. Tus sueños dan testimonio de los suyos, y los suyos, de la verdad de los tuyos. No obstante, si vieses que no hay verdad en los tuyos, sus sueños desaparecerían y él comprendería qué fue lo que dio origen al sueño.

Se reafirma el tema de la igualdad. No somos iguales en el sueño del cuerpo, porque los cuerpos fueron hechos para acentuar las diferencias entre

los Hijos de Dios. Sin embargo, al volver a la fuente del sueño en la mente,

reconocemos nuestra igualdad inherente. Esto demuestra la naturaleza causal de la mente y ofrece a otros la oportunidad de obtener el mismo reconocimiento. De esta manera la mente se cura de los sueños y puede

regresar a su estado natural como tomador de decisiones. Recuerda que se

necesitan dos para enfermar, pero solo una mente curada para terminar con

los sueños. Las ilusiones no tienen poder sobre la verdad.

(IV.7:1-2) El Espíritu Santo mora en vuestras dos mentes, y Él es Uno porque no hay brecha que pueda dividir Su Unicidad. La brecha que separa vuestros cuerpos es irrelevante, pues lo que está unido en Él es siempre uno.

Como tememos a la Unidad que hace que nuestro estado separado carezca

de sentido, la presencia amorosa de Jesús representa una amenaza real para

el ego. Éste no tiene más remedio que protegerse a sí mismo, lo que ha

hecho al hacerlo a él diferente del resto de los Hijos de Dios. Esto estableció efectivamente la "realidad" del sueño de la separación, anulando su mensaje – entonces y ahora – de nuestra igualdad inherente. Sin espacio dentro de la Filiación, o entre el Hijo y su Fuente, no hay yo, ya que ese yo está enraizado en el sistema de pensamiento de separación del ego. Jesús, o cualquier símbolo sin ego, proclama la igualdad y la unidad del Hijo de Dios en los niveles de ilusión y verdad, descartando así la brecha percibida como inexistente.

(IV.7:3-7) Nadie puede estar enfermo si alguien acepta su unión con él. Su deseo de ser una mente enferma y separada no puede seguir vigente sin un testigo o una causa. Y tanto el testigo como la causa desaparecen si alguien decide unirse a él. En su sueño él estaba separado de su hermano, quien, al no compartir su sueño con él, ha eliminado el espacio que había entre ellos. Y el Padre viene a unirse con Su Hijo, a quien el Espíritu Santo se unió.

Una vez más, vemos la necesidad de aliados del ego. Como sin el apoyo de otro, el pensamiento de la separación no podría sostenerse, continuamente reforzamos el sistema de pensamiento de mentalidad-errada del otro, ya sea uniéndonos a él (amor especial) o atacándolo (odio especial). Pero si hay una persona que rechaza la invitación y no se ve afectada por el sueño, la decisión en favor del ego perderá su potencia porque habrá perdido a su aliado en el especialismo. A medida que el sistema de pensamiento del ego se disuelve, surge un espacio silencioso que permite a la mente elegir de nuevo. En ese instante santo del perdón, el recuerdo de Dios vuelve a bendecir al Hijo que nunca se fue, y con él, la Filiación despierta de sus

sueños de odio y maldad.

(IV.8:1) La función del Espíritu Santo es tomar la imagen fragmentada del Hijo de Dios y poner cada fragmento nuevamente en su lugar.

El Espíritu Santo no ve diferencias entre los fragmentos separados de la

Filiación, con uno siendo más especial que otro. Su verdadera percepción

considera que todos son iguales, compartiendo la necesidad de despertar del

sueño. Este propósito compartido del perdón reúne los pedazos rotos del

sueño roto de la separación.

(IV.8:2) Él muestra esta santa imagen, completamente sanada, a cada fragmento separado que piensa que en sí es una imagen completa.

El perdón es fundamental para la curación. Nuestros socios especiales, percibidos como autónomos y separados de nosotros, son aquellos con quienes debemos practicar el recordar nuestra necesidad y objetivo común,

incluso frente a una multitud de formas diferentes. Al recordar el único propósito del Espíritu Santo para todas las relaciones, aprendemos a generalizar Su perdón hasta que abarque a toda la Filiación.

El siguiente párrafo comienza con una oración que Jesús le dice a Dios en

nuestro nombre:

(IV.9:1) Te doy las gracias, Padre, sabiendo que Tú vendrás a salvar cada diminuta brecha que hay entre los fragmentos separados de Tu santo Hijo.

Dios, por supuesto, no viene a cerrar la brecha. ¿Cómo podría Él cerrar una

brecha que no existe? Pero como hemos desterrado al Creador de nuestras

mentes, darle a Él la bienvenida se experimenta como Su curación de la

separación. En verdad, por supuesto, simplemente estamos aceptando la

Presencia sanadora de Su Voz como nuestro Maestro.

(IV.9:2-3) Tu Santidad, absoluta y perfecta, mora en cada uno de ellos.

Y están unidos porque lo que mora en uno solo de ellos, mora en todos ellos.

Esta frase extremadamente importante, "cada uno de ellos", destaca el

principio de Jesús de que no hay excepciones. Los mayores abusadores, villanos y criminales, así percibidos por el mundo, siguen siendo parte de la imagen de Cristo. Es útil observar cómo escogemos y elegimos a aquellos a quienes abrazaremos o excluirémos de Su perfecta Unicidad. (IV.9:4-7) ¡Cuán sagrado es el más diminuto grano de arena, cuando se reconoce que forma parte de la imagen total del Hijo de Dios! Las formas que los diferentes fragmentos parecen adoptar no significan nada, pues el todo reside en cada uno de ellos. Y cada aspecto del Hijo de Dios es exactamente igual a todos los demás. La Filiación de Dios no consiste solo en el homo sapiens, o en los llamados seres vivos. Ya que toda forma es ilusoria y no hay una jerarquía de ilusiones, la distinción entre animado e inanimado no tiene sentido. Como “Fuera del Cielo no hay vida” (T-23.II.19:1), nada aquí puede estar vivo; un grano de arena no está ni más ni menos vivo que una persona. Todos estamos igualmente ni vivos ni muertos, el cual es un estado que presupone una vida anterior. Todas y cada una de las formas no son más que un fragmento proyectado del pensamiento original e ilusorio de la separación de la mente. Cuando el pensamiento se proyectó como un mundo, se fragmentó en miles y miles de millones de partes, cada una apareciendo como separada e independiente. Aunque nosotros categorizamos estas formas como vivas y no vivas, tal discriminación no puede otorgar vida a lo que no tiene vida. Del mismo modo, ninguno de los elementos atómicos que componen lo que llamamos materia es real. A pesar de esto, la forma puede servir a un propósito poderoso en el sueño al brindarnos oportunidades para corregir el error de elegir al maestro equivocado, reconociendo que la materialidad expresa la continua decisión del Hijo de estar separado de su Fuente.

(IV.10:6) Las semillas de la enfermedad proceden de la creencia de que es posible encontrar felicidad en la separación y de que renunciar a ella

sería un sacrificio.

Creyendo que habíamos destruido a Dios, nos alegramos de la experiencia

de estar solos. ¿Cómo, entonces, no podríamos sentir que es un sacrificio

perder nuestra existencia autónoma, como así también el mundo físico que

es el medio para preservar nuestro yo enfermo y separado? Los cuerpos que

albergan estos locos pensamientos de separación inevitablemente luchan

entre sí para salvar su identidad especial, tanto que matan para protegerse,

sacrificando a otros cuerpos para poder seguir viviendo.

(IV.10:7-10) Mas los milagros son el resultado de no seguir tratando de ver en la brecha lo que no se encuentra en ella. Lo único que requiere el

Sanador del Hijo de Dios es que estés dispuesto a abandonar las ilusiones. Él sembrará los milagros de curación allí donde antes se encontraban las semillas de la enfermedad. Y no habrá pérdidas de ninguna clase, sino sólo ganancias.

Jesús aquí deshace todo lo que el ego nos ha dicho; es decir, que eligiendo

al Espíritu Santo perdemos, y que solo siguiendo al ego ganaremos. No hace falta decir que la verdad es exactamente lo contrario: la separación

nunca ocurrió porque la nada sólo podía dar lugar a nada. El milagro cura la

mente enferma que pensó que la ilusión podría reemplazar a la verdad, la

locura reemplazar a la razón, y el infierno tomar el lugar del Cielo. Y estamos contentos y agradecidos de que así sea.

(V.3) Si perdonas al soñador, y percibes que él no es el sueño que él mismo tejió, no estás compartiendo con él su nefasto sueño. Por lo tanto, él no puede ser parte del tuyo, del cual ambos os liberáis. El perdón separa al soñador del sueño nefasto, y así, lo libera. Recuerda que si compartes un sueño de maldad, crearás ser ese sueño que

compartes. Y al tener miedo de él, no desearás conocer tu verdadera Identidad porque pensarás que es temible. Y negarás tu Ser, y caminarás por tierras extrañas que tu Creador no creó, donde parecerás ser algo que no eres. Lucharás contra tu propio Ser, el cual parecerá ser tu enemigo, y atacarás a tu hermano, como parte de lo que

odias. En esto no hay términos medios. O bien eres tu Ser o bien una ilusión. ¿Qué puede haber entre la ilusión y la verdad? Creer que hay un lugar intermedio donde puedes ser algo que no eres, no puede ser la verdad, sino un sueño.

El milagro del perdón establece la relación causa-efecto en su secuencia

adecuada, de modo que el sueño de un mundo es considerado como que

nunca ha abandonado su fuente en la mente soñadora: las ideas (efecto) no

abandonan su fuente (causa). Es cuando se invierten y olvidamos que somos mentes, que entra el miedo, llevándonos a creer que estamos a merced de fuerzas que escapan a nuestro control. La guerra interna contra

Dios y Su creación se proyecta en un mundo que busca nuestro castigo y muerte, y esto se "prueba" cuando nuestro propio cuerpo sufre y muere.

"Dios, no obstante, sabe que eso no es posible" (T-23.I.2:7), y un sueño no

puede hacer reales las ilusiones, o a la realidad una ilusión. Si somos tal

como Dios nos creó, no podemos ser el yo de nuestros sueños creado por el

ego. Este es el sentido de la corrección de uno u otro: estamos dormidos o

despiertos, en casa con Dios o soñando con el exilio (T-10.I.2:1). El simple

mensaje de la salvación es que solo uno de estos es verdadero: el Ser o el

ser. La elección es fácil una vez que se ven claramente las alternativas.

(V.7:1-2) Tú que crees que entre tu hermano y tú hay una diminuta brecha, no te das cuenta de que ahí es donde os encontráis prisioneros

en un mundo que se percibe como que existe aquí. El mundo que tú ves no existe porque el lugar desde donde lo percibes no es real. El problema no es el mundo, el cuerpo que ha surgido de la brecha o la brecha en sí. El problema es la creencia en la realidad de la brecha, nacida de habernos tomado en serio la diminuta y alocada idea. A pesar de nuestra experiencia, la cual nos engaña, no vemos el mundo con los ojos físicos, sino a través del ojo de la mente que se ha identificado con el ego, el cual tiene sus raíces en el pensamiento de que la separación en realidad sucedió. Sin embargo, la Expiación nos dice que, de hecho, no hay ninguna brecha. En consecuencia, no puede ser una causa, porque no tiene efectos. Entonces, ¿dónde está el mundo o el yo que lo percibe? (V.7:3) La brecha se halla celosamente oculta entre las tinieblas, e imágenes nebulosas surgen para cubrirla con formas vagas e indefinidas y con siluetas cambiantes, por siempre insustanciales e inciertas. El ego hace que imágenes nebulosas caigan sobre la mente, por lo que ya no somos conscientes de sus pensamientos. Nosotros no vemos realmente lo que hay allí, al igual que conducir con niebla es peligroso porque no podemos ver lo que hay delante de nosotros. Nota cómo Jesús describe este mundo: "formas vagas e indefinidas y con siluetas cambiantes, por siempre insustanciales e inciertas". Esto corrige nuestra experiencia perceptiva que es exactamente lo contrario, nuestros sentidos nos dicen que el mundo es sustancial y muy seguro. Recuerda: "Nada es tan cegador como percepción de la forma" (T-22.III.6:7), lo que significa que el mundo, siendo una proyección de un sistema de pensamiento delirante, es una alucinación. Sin

embargo, mientras dormimos, estos sueños de un mundo parecen palpablemente verdaderos.

(V.7:4-5) Sin embargo, en la brecha no hay nada. No hay secretos impresionantes ni tumbas tenebrosas desde los que el terror surge de los huesos de la muerte.

Jesús se refiere al sueño secreto del que huimos con una venganza, llevándonos a buscar protección en el sueño del mundo. Su amor nos asegura que estamos equivocados, que no hay un oscuro secreto culpable en

nuestra mente al que temerle, y que tanto el sistema de pensamiento de

mentalidad-errada de separación como el mundo de la muerte que surgió de

él son inventados.

(V.7:6) Observa la diminuta brecha y contemplarás la inocencia y la ausencia de pecado que verás dentro de ti cuando ya no tengas miedo de reconocer el amor.

Vuelve el importante tema de mirar. "Observa la diminuta brecha", dice Jesús, lo que hacemos cuando somos enseñados a mirar el mundo como una

proyección, la "imagen externa de una condición interna" (T-21.in.1:5) que

alberga la creencia de que la brecha es real. Jesús nos ayuda a ver nuestras

relaciones de manera diferente, no como reales o problemáticas, ni siquiera

con la necesidad de ser sanadas, sino como reflejos de la culpa que no queremos ver. Este motivo ha vuelto una y otra vez en nuestra sinfonía, y en

estos movimientos finales se vuelve cada vez más poderoso.

Estas palabras específicas del pasaje anterior son importantes:

"cuando ya

no tengas miedo de reconocer el amor". Tememos al amor porque en su

presencia no existimos como seres separados, y como un escudo contra la

incursión de la verdad convertimos el amor en especialismo. Cómo, entonces, no podríamos tener miedo de Jesús y su curso, si haríamos cualquier cosa para no mirar hacia adentro y ver la Expiación, el miedo del

ego (ver T-21.IV.2-3). Al escuchar su loco consejo, seguimos siendo cuerpos sin mente que creemos que nos protegen del pecado de la mente y

de nuestra segura destrucción.

Llegamos ahora a la respuesta del Espíritu Santo a la promesa que hicimos

con nuestros socios especiales (VI.4-5):

(VI.6:1-2) Que éste sea el acuerdo que tengas con cada uno de tus hermanos: que estarás unido a él y no separado. Y él será fiel a la promesa que le hagas porque es la misma que él hizo a Dios y que Dios

le hizo a él.

Estas palabras no significan literalmente, a nivel de la forma, que otros tengan que estar de acuerdo con nosotros. Nosotros no necesitamos que

sean sanados, porque si ese fuera el caso, seríamos víctimas de las elecciones de su ego. Al hacer este acuerdo con nuestros viejos socios especiales, reforzamos el acuerdo – en nosotros – el cual primero hicimos

con Dios para ser Su Hijo. Este pacto, que por supuesto es simbólico, existe

como un recuerdo en la mente correcta de todos. Cuando aceptamos no

participar en el sueño de pecado, enfermedad, ira y muerte de otra persona,

no le damos poder para cambiar el amor y la paz de nuestra mente.

Esto nos

permite decirles a nuestros hermanos: “Tus pecados contra mí o contra otros no han tenido efecto, y por eso son perdonados”. Nuestro amoroso

pensamiento permanecerá en sus mentes hasta el momento en que decidan

aceptarlo, siendo un recordatorio de que pueden tomar la misma decisión

para recordar la promesa a Dios que hemos hecho en el instante santo. Este

es el cambio de propósito que Jesús nos ayuda a lograr, y es lo único que da

sentido a un mundo que de otro modo no tiene sentido.

Muy simple, Jesús nos pide que lo dejemos estar en nuestras mentes para que juntos podamos mirar la relación especial de manera diferente, liberando la verdad que enseña a los demás, no con palabras o acciones, sino con el amor que hemos aceptado como nuestra realidad. A medida que este amor se extienda naturalmente a través de nuestras mentes, será amable, gentil y compasivo, tomando la forma que sea más útil. Por eso debemos buscar sólo el contenido de la mente y no juzgar las formas de comportamiento.

(VI.6:3-9) Dios cumple Sus promesas; Su Hijo cumple las tuyas. Esto fue lo que Su Padre le dijo al crearlo: "Te amaré eternamente como tú a Mí. Sé tan perfecto como Yo, pues nunca podrás estar separado de Mí". Su Hijo no recuerda que le contestó: "Sí, Padre", si bien nació como resultado de esa promesa. Con todo, Dios se la recuerda cada vez

que él se niega a mantener la promesa de estar enfermo, y permite, en cambio, que su mente sea sanada y unificada. Sus votos secretos son impotentes ante la Voluntad de Dios, Cuyas promesas él comparte. Y lo que ha usado como sustituto de éstas no es su voluntad, pues él se comprometió a sí mismo a Dios.

Este es el uso de la mentalidad-correcta de la promesa. En lugar de jurar

lealtad al ego, ahora prometemos fidelidad al Espíritu Santo, reflejando nuestra promesa a Dios Quien nos la "recuerda" cada vez que perdonamos.

Necesitamos ser conscientes de estas promesas porque así es como contrarrestamos el enfermo sistema de pensamiento de separación.

Primero

reconocemos el compromiso del ego con el ego de otro, el voto secreto de

unirnos en la danza del especialismo y la muerte como defensa contra nuestro acuerdo con Jesús para recordar nuestra igualdad inherente.

Así

recordamos nuestra sagrada promesa a Dios: "Sí, Padre".

(VII.2:1-2) La hermosa relación que tienes con todos tus hermanos es parte de ti porque es parte de Dios Mismo. ¿Cómo no ibas a enfermarse

si te niegas a ti mismo tu plenitud, tu salud, tu Fuente de ayuda, la Llamada a compartir la curación y la Llamada a curar?
La enfermedad no tiene nada que ver con el cuerpo o sus síntomas, sino solo con la decisión de la mente de estar con el ego en lugar de con Dios:
elegir la separación en lugar de la totalidad, la enfermedad en lugar de la salud. El perdón de nuestros socios especiales, el cual significa reconocer nuestros intereses compartidos, refleja esta decisión sensata y es la fuente de toda curación.

(VII.2:3-6) Tu salvador espera la curación y el mundo espera con él. Y tú no estás excluido, pues la curación o bien será una sola o bien no tendrá lugar en absoluto, ya que en el hecho de que es una radica la curación. ¿Qué podría corregir a la separación sino su opuesto? Nuestros salvadores son nuestros hermanos en el especialismo, quienes necesitan que se les recuerde la decisión por la mentalidad-correcta que pueden hacer, como hemos hecho nosotros en el instante santo. La curación es una porque la Filiación es una. Podemos ver cómo el tema de la unidad siempre está con nosotros en nuestro viaje sinfónico hacia la Unicidad que es nuestro Ser.

(VII.2:7-10) No hay términos medios en ningún aspecto de la salvación. O bien la aceptas completamente o bien no la aceptas en absoluto. Lo que no está separado tiene que estar unido. Y lo que está unido no puede estar separado.

Recuerda las palabras de Jesús: "Este curso o bien se creará enteramente o bien no se creará en absoluto" (T-22.II.7:3). La situación es uno u otro, y cada elección representa un sistema de pensamiento perfectamente integrado: el 100 por ciento de separación y odio, o el 100 por ciento de unidad y amor del Espíritu Santo. El famoso mandamiento bíblico "Por

tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre" (Mateo 19:6) aquí significa que lo que Dios ha unido como uno es siempre uno: el Cristo a Quien Él ha creado como Su Hijo indiviso.

(VII.3:1-4) O bien hay una brecha entre tu hermano y tú, o bien sois uno y lo mismo. No hay nada entremedias, ninguna otra opción, ni ninguna lealtad que se pueda dividir entre esas dos posibilidades. Una lealtad dividida significa que le eres infiel a ambas posibilidades, lo cual

no hace sino ponerte a dar tumbos, sin que te quede otro remedio que agarrarte a cualquier brizna de paja que parezca ofrecerte apoyo. Mas ¿quién puede edificar su hogar sobre pajas y esperar que le proteja del viento?

Continuamos con el tema de que los Hijos de Dios son diferentes o iguales,

y obviamente no pueden ser ambas cosas. Con el principio de uno u otro, al

contrario, el ego nos hace mantener una lealtad dividida entre él y él mismo

(es decir, su Dios), lo cual glorifica su doctrina ilusoria de las diferencias.

Esta locura es una casa de paja, siendo el cuerpo la encarnación de la nada

del ego, de ahí su fragilidad. Sin embargo, la verdad es que no solo somos

uno en el Cielo, sino también en el sueño, en el que compartimos la locura

de la separación, así como la necesidad de despertar de la pesadilla de la

culpa. Decidir entre estas dos, diferencias o igualdad, es la única elección

significativa que podemos hacer aquí.

(VII.3:5-6) Ése es el tipo de hogar que se puede hacer del cuerpo porque no está cimentado en la verdad. Sin embargo, por esa misma razón puede verse que no es tu hogar, sino simplemente un medio para

ayudarte a llegar al Hogar donde Dios mora.

El cuerpo puede verse como "un medio para ayudarte a llegar al Hogar donde Dios mora" porque puede servir a un propósito diferente al no hacer

real el mundo, el efecto ilusorio de una causa ilusoria. Con Jesús como

nuestro maestro, usamos el cuerpo como un instrumento para devolver nuestra conciencia al pensamiento en la mente que lo fabricó. Esta inversión de la proyección, el camino del milagro desde la ausencia de la mente a la plenitud de la mente, permite a nuestro tomador de decisiones deshacer su elección equivocada.

(VII.4:1-4) Cuando ése se vuelve tu propósito, el cuerpo se cura, pues no se le utiliza para dar testimonio del sueño de separación y enfermedad. Tampoco se le culpa fútilmente por lo que no hizo. Su propósito es ayudar a que el Hijo de Dios sane, y, debido a ello, no puede enfermar. No se une a ningún propósito que tú no hayas aceptado, y tú has elegido que no esté enfermo.

Como bien sabemos, Jesús no está hablando de síntomas, sino del cambio de propósito del cuerpo. Ya que el cuerpo no puede estar enfermo o sano,

este pasaje trata sobre el propósito que la mente ha proyectado sobre el

cuerpo. Dado que el propósito de la culpa es la enfermedad que necesita ser

curada mediante el perdón, el cuerpo puede convertirse en un aula de aprendizaje y salvación de la culpa, en lugar de una prisión de sufrimiento, castigo y muerte.

(VII.4:5-9) Todos los milagros se basan en esta decisión, y se te conceden en el mismo instante en que la tomas. Ninguna forma de enfermedad está excluida de dicha decisión porque la decisión no puede tomarse en función de la forma. La decisión de estar enfermo parece ser una decisión entre diferentes formas de enfermedad. Sin embargo, la enfermedad es una sola, al igual que su opuesto. Por consiguiente, o estás enfermo o estás sano.

Estamos enfermos si nuestra mente elige al ego; estamos sanos si elegimos

al Espíritu Santo. Es independiente de la presencia o ausencia de síntomas

físicos (o psicológicos). Siempre necesitamos recordar que Un Curso de

Milagros no se trata del cuerpo, sino de cambiar el propósito de la mente para él. Por esta razón es un error juzgar a los demás por su apariencia enferma o saludable, porque nadie puede comprender el propósito de percibir el cuerpo. Decir que el propósito lo es todo es decir que el propósito es el contenido, mientras que el cuerpo es una forma que no ha abandonado su fuente.

(VII.5:1-2) Pero nunca tú solo. Este mundo no es más que el sueño de que puedes estar solo y de que puedes pensar sin que ello afecte a los que están separados de ti.

Este tema se repite en la lección del libro de ejercicios, “Cuando me curo,

no soy el único que se cura” (L-pl.137). Si las mentes son una y mi mente

está enferma porque he elegido el ego, envió un mensaje a través del Hijo

de que el ego tiene razón y Dios está equivocado. Por otro lado, mi elección

del Espíritu Santo en el instante santo envía el mensaje sanador de que el

ego está equivocado y Dios tiene razón. Una vez más, mientras esto no tiene sentido para nosotros como cuerpos separados, como mentes que están

por encima del campo de batalla, mirando hacia abajo al mundo fragmentado y loco, esta enseñanza es eminentemente cuerda.

(VII.5:3-6) Estar solo significa que estás separado, y si lo estás, no puedes sino estar enfermo. Esto parece probar que definitivamente estás separado. No obstante, lo único que significa es que has tratado de

mantener la promesa de serle fiel a la infidelidad. Mas la infidelidad significa enfermedad.

Es por eso que el ego enfatiza la enfermedad, porque prueba que somos

cuerpos separados y que la separación es verdadera. La fe de nuestra mente

se ha puesto en el ego, la definición de infidelidad, porque tenemos fe en

nada. Es sólo esta mente “infiel” la que está enferma, mientras que la salud

está asegurada cuando ponemos nuestra fe en el Maestro de sanación y perdón.

(VII.5:7-11) Es como la casa edificada sobre pajas. De por sí parece muy sólida y real. Su estabilidad, no obstante, no se puede juzgar sin tomar en consideración sus cimientos. Si descansa sobre pajas, de nada

sirve atrancar las puertas, cerrar las ventanas o correr los cerrojos. El viento la derrumbará, y las lluvias la azotarán y la arrastrarán al olvido.

Desde aquí hasta el final de la sección, Jesús usa el símbolo bíblico de la

casa, los cimientos contruidos sobre paja que representa el sistema de

pensamiento de ilusión del ego, protegido por nuestra experiencia de la

aparente solidez del cuerpo. Cuidar el cuerpo y obsesionarnos con su salud

no tiene sentido si no hacemos nada con la mente. Si nuestras mentes están

arraigadas en el juicio y el ataque, no importa cómo tratemos el cuerpo, no

importa cuántas décadas pueda vivir, y, en última instancia, no tiene sentido

prestar atención a lo que es inherentemente irreal. Sin duda, Jesús no está

diciendo que no se cuide el cuerpo. Muy a menudo, como hemos usado mal

este yo encarnado, cuidarlo puede reflejar la elección de la

mentalidadcorrecta en la que no lo utilizamos como un instrumento de dolor, sino de

salud. Aun así, el cuerpo nunca debería ser el centro de atención, porque

simplemente nos distrae de la mente, que es el propósito perenne del ego

para la existencia física. Cuando estamos en la mentalidad-correcta, todo lo

que hagamos con el cuerpo será útil, independientemente de su apariencia.

Pero si hemos desterrado el amor, independiente-mente de la "salud" del cuerpo, no habremos ganado nada excepto ilusiones de bienestar, que conducen a la presunción de un logro que impide el verdadero "trabajo" de cambiar nuestra mente y ser sanado.

(VII.6) ¿Qué sentido tiene buscar refugio en lo que se construyó precisamente para fomentar el peligro y el miedo? ¿Por qué recargarlo con más cerraduras, cadenas o pesadas anclas, cuando su debilidad no reside en ello mismo, sino en la fragilidad de la brecha insubstantial sobre la que se erige? ¿Qué seguridad te puede ofrecer algo que descansa sobre una sombra? ¿Edificarías tu casa sobre algo que pudiera derrumbarse con el peso de una pluma?

El cuerpo vulnerable sigue siendo nuestro tema, pero solo para señalar la

debilidad del subyacente sistema de pensamiento que se basa en la ilusoria

brecha de separación. Jesús nos está ayudando a desviar la atención del

cuerpo a la mente que ha elegido la ausencia de la mente como su hogar.

Una vez que la plenitud de la mente ha regresado, somos capaces de ver el

ego por lo que es. Recordamos reírnos de nuestra estupidez de haber creído

alguna vez sus débiles mentiras y haber depositado nuestra fe en su débil

hogar que necesitaba nuestro cuidado, preocupación y protección.

Conclusión.

Este párrafo final es un excelente resumen del capítulo, el cual reúne sus

temas contrastando la promesa del ego con el propósito del Espíritu Santo

de restaurar a la mente su función propia de causalidad.

(VII.7:1-3) Tu hogar está edificado sobre la salud de tu hermano, sobre su felicidad e impecabilidad, así como sobre todo lo que su Padre le prometió. Ningún pacto secreto que jamás hayas hecho en lugar de eso

ha estremecido en lo más mínimo los Cimientos de este hogar. El viento

podrá soplar sobre él y la lluvia azotarlo, pero sin consecuencia alguna. Cualquier cosa que suceda en el mundo no tendrá ningún efecto sobre nosotros si nuestras mentes están sanadas. Nuestra promesa secreta al ego

no puede deshacer nuestra promesa a Dios; en sueños, sí, pero los sueños no

pueden establecer la realidad, ni pueden hacer realidad las ilusiones.

Nuestro hogar en Dios, expresado en el sueño por la mentalidad-correcta, el

sistema de pensamiento del perdón, no ha desaparecido porque cerramos los

ojos. El pensamiento de la Expiación sigue siendo la única verdad dentro

del mundo de la ilusión, y es la solidez de nuestro hogar lejos de casa.

(VII.7:4-6) El mundo será arrastrado, pero este hogar permanecerá en pie para siempre, pues su fuerza no reside sólo en él. Es un arca de seguridad, que descansa sobre la promesa que Dios le hizo a Su Hijo de

que él siempre moraría a salvo en Él. ¿Qué brecha podría interponerse entre la seguridad de este refugio y su Fuente?

La Expiación nos dice que la separación no fue un suceso. Aunque somos

libres de creer lo que deseemos acerca de la brecha y lo que se necesita para

protegerla, no podemos hacerla realidad. El mundo sigue sin tener causa,

porque su causa, la brecha de separación en la que la mente ha depositado

su fe, nunca sucedió. Esta verdad es nuestra arca de seguridad, que nos

protege contra los furiosos vientos de pecado y odio del ego. A lo largo de

las tormentas del ego, nuestro amado Maestro nos recuerda que seguimos

siendo para siempre un Efecto de nuestra Fuente, la Causa Cuyo Amor nunca hemos abandonado.

(VII.7:7-8) Desde aquí se puede ver al cuerpo como lo que es, sin atribuirle más o menos valor del que tiene como medio para liberar al Hijo de Dios a fin de que pueda regresar a su hogar. Y con este santo propósito se convierte por un tiempo en un hogar de santidad, ya que

comparte la Voluntad de tu Padre contigo.

Se nos pide que no prestemos atención al cuerpo, sino solamente a los cimientos de la mente sobre los que está construido: miedo y ataque,

o

perdón y amor. A esa elección le sigue todo lo que experimentamos en el

mundo. Si elegimos el ego, nuestras vidas serán dolorosas; si elegimos el

amor, solo la paz será nuestra experiencia. Las formas de nuestros sueños

son irrelevantes, porque el contenido de la mente es la única causa de todo.

Y cuando decidimos hacer de Jesús nuestro maestro, sus lecciones se convierten en los ladrillos sobre los que nuestro hogar de mentalidad correcta está construido – sólido, santo y confiable. Su amor es nuestra arca

de seguridad, los brazos amorosos del perdón que nos llevan a nuestro eterno hogar.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.